ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL PODER DEL PENSAMIENTO, SU DOMINIO Y CULTURA

(Continuación).

CAPÍTULO V

CONCENTRACIÓN

POCAS cosas hay que sean tan difíciles para el estudiante que principia á educar su mente como la concentración. En las primeras etapas de la actividad de la mente, el progreso depende de sus veloces movimientos, de su viveza, de su disposición para recibir los choques de las sensaciones tras sensaciones, volviendo su atención prontamente de una á otra. En esta etapa la versatilidad es una cualidad valiosísima, siendo esencial para el progreso la dirección constante de la atención hacia lo externo. Mientras que la mente esté reuniendo materiales para pensar, la extrema movilidad es una ventaja; y durante muchas, muchísimas vidas, la mente se desarrolla por medio de esta movilidad, la cual aumenta con la práctica. La interrupción de esta costumbre de exteriorizarse en todas direcciones, la imposición de la fijeza de la atención en un solo punto, semejante cambio causa un sacudimiento, un choque, y la mente se precipita alocada, como el caballo no domado cuando por primera vez siente el freno.

Hemos visto que el cuerpo mental se amolda á las imágenes de los

objetos á que se dirige la atención. Patânjali habla de la interrupción de las modificaciones del principio pensante, esto es, de la interrupción de esas constantes reproducciones del mundo externo. El detener las constantes modificaciones del cuerpo mental, y el mantenerlo amoldado con fijeza á una imagen mental, es concentración en lo que á la forma se refiere; dirigir la atención con fijeza á esta forma, á fin de reproducirla perfectamente dentro de sí, es concentración en lo que respecta al conocedor.

En la concentración, la conciencia está fija en una sola imagen; toda la atención del conocedor está dirigida á un solo punto, sin fluctuaciones ni desviaciones. La mente — la cual discurre continuamente de una á otra cosa, atraída por los objetos externos, amoldándose á cada uno en veloz sucesión —, es enfrenada, mantenida y obligada por medio de la voluntad á permanecer en una forma, moldeada á una imagen, sin atender á ninguna otra impresión.

Ahora bien; cuando se mantiene á la mente de este modo, amoldada á una imagen, y el conocedor la contempla fijamente, obtiene un conocimiento del objeto muchísimo mayor que el que pudiera aportarle cualquier descripción verbal del mismo. Nuestra idea de una pintura, de un paisaje, es mucho más completa cuando la hemos visto que cuando sólo la leemos ú oimos hablar de ella. Y si nos concentramos en tal descripción, la pintura toma forma en el cuerpo mental, y obtenemos un conocimiento mucho más completo que el que se obtiene por la mera lectura de las palabras. Las palabras son símbolos de las cosas, y la concentración en el bosquejo de una cosa producido por la palabra descriptiva, añade más y más detalles, por ponerse la conciencia más en contacto con la cosa descrita.

Al principio de la práctica de la concentración hay que luchar con dos dificultades: Primera, el desatender las impresiones que continuamente se reciben. Hay que impedir que el cuerpo mental conteste á estos contactos, debiendo resistirse la tendencia á responder á las impresiones externas; pero esto requiere dirigir parcialmente la atención á esta misma resistencia, y cuando se ha vencido la tendencia á responder, la resistencia misma tiene que cesar; necesítase el equilibrio perfecto, ni resistencia ni no resistencia, sino una firme quietud, tan poderosa, que las ondas externas no produzcan ningún resultado, ni tan siquiera el resultado secundario de tener conciencia de un algo que hay que resistir. Segunda, la mente debe sostener como única imagen, durante el tiempo que sea, el objeto de la concentración; no sólo debe resistirse á ser modificada en contestación á los choques externos, sino

que debe también cesar su propia actividad interna, la cual está siempre barajando su contenido, pensando en él, estableciendo nuevas relaciones, descubriendo semejanzas y desemejanzas ocultas. Esta imposición de quietud interna es aún más difícil que permanecer ignorante de los choques externos, por referirse á su propia vida más íntima y completa. El volver la espalda al mundo externo es más fácil que aquietar el interno, porque este mundo interno está más identificado con el Yo; y en una palabra, para la mayor parte de la gente en el presente grado de la evolución, representa el «yo» (personal). El intento mismo, sin embargo, de aquietar la mente de este modo, produce pronto un avance en la evolución de la conciencia, porque inmediatamente sentimos que el que gobierna y el gobernado no pueden ser uno, é instintivamente nos identificamos con el primero. «Yo aquieto *mi* mente», es la expresión de la conciencia, y se siente á la mente como perteneciendo al «yo», como una propiedad suya.

Esta distinción crece inconscientemente, y el estudiante encuentra que está adquiriendo la conciencia de una dualidad, de algo que domina y de algo que es dominado. La mente concreta inferior es apartada y el «yo» se siente como un poder mayor, como una visión más clara, y se desarrolla un sentimiento de que este «yo» no depende ni del cuerpo ni de la mente. Este es el primer albor de conciencia de la verdadera naturaleza inmortal, y el horizonte se dilata, pero interiormente, no externamente, hacia dentro, más y más, continuamente y sin limitación. Desarróllase el poder de conocer la Verdad á primera vista, el cual sólo se muestra cuando se transciende á la mente, con su lento proceso de razonar. Porque el «yo» es la expresión del Yo, cuya naturaleza es conocimiento, y siempre que se pone en contacto con una verdad, encuentra sus vibraciones regulares, y por tanto, en armonía con las suyas, al paso que lo falso le desentona y causa un sonido discordante, anunciando su naturaleza con su mismo contacto. A medida que la mente inferior asume una posición más y más subordinada, estos poderes del Ego afirman su propio predominio, y la intuición—análoga á la visión directa del plano físico—sustituye al razonamiento, el cual puede ser comparado al sentido del tacto en el plano físico.

Cuando la mente está bien educada en la concentración de un objeto, y puede sostener su «agudeza» — según especialmente se llama este estado — corto rato, el grado que á éste sigue es abandonar el objeto y mantener la mente en esta actitud de atención fija, *sin que la atención esté dirigida á cosa alguna.* En este estado el cuerpo mental no muestra ninguna imagen; su material propio existe siempre, mante-

nido fijo y firme, sin recibir impresiones, en un estado de calma perfecta, como un lago sin olas. Entonces el Ego puede formar el cuerpo mental con arreglo á sus propios elevados pensamientos y penetrarlo con sus propias vibraciones. Él puede moldearlo con arreglo á las elevadas visiones de los planos superiores al suyo, de los cuales ha obtenido una vislumbre en sus momentos de mayor elevación, y de esta manera puede aportar ideas á las que el cuerpo mental no hubiera podido responder de otro modo. Estas son las inspiraciones del genio, ese relámpago que desciende á la mente con deslumbrante luz y que ilumina al mundo. El hombre mismo que las comunica al mundo escasamente puede decir, en su estado mental ordinario, cómo han llegado á él: sólo sabe que de algún modo extraño.

. . . el poder dentro de mí resonando
Vive en mi labio y llama con mi mano.

La Conciencia está donde quiera que hay un objeto al cual responde.

En el mundo de las formas, una forma ocupa un espacio definido y no puede decirse—si se permite la frase—que está en un sitio donde no está; esto es, que ocupando cierto lugar, está más cerca ó más lejos de otras formas que ocupan determinados sitios con relación al suyo. Si cambia de un sitio á otro, tiene que cruzar el espacio que entre ambos media, cuyo tránsito puede ser rápido ó lento, veloz como un relámpago ó perezoso como la tortuga, pero que tiene que hacerse y emplear cierto tiempo ya sea corto ó largo.

Ahora bien; respecto de la conciencia, el espacio no existe. La conciencia cambia de estado, pero no de sitio, y abarca más ó menos, conoce ó no conoce aquello que no es ella misma, justamente en la proporción en que pueda ó no pueda responder á las vibraciones de los no-yos. Su horizonte se ensancha con su receptividad, esto es, con su poder de responder, con su poder de reproducir vibraciones. En esto no hay nada de viajar, de cruzar intervalos intermedios. El espacio pertenece á las formas, las cuales se afectan más entre sí cuando más próximas se hallan unas á otras y cuya mutua influencia disminuye á medida que aumenta la distancia que las separa.

Todos los que practican la concentración con éxito descubren para sí esta no existencia del espacio para la conciencia. Un verdadero adepto puede adquirir conocimiento de cualquier objeto concentrándose en

él, sin que la distancia afecte en nada tal concentración. Adquiere conciencia de un objeto que se encuentre, pongamos por caso, en otro planeta, no porque su visión astral actúe telescópicamente, sino porque en la región interna existe el universo entero como un punto; un hombre semejante llega al Corazón de la Vida y ve todas las cosas en él.

En los Upanishads está escrito que dentro del corazón hay una pequeña cámara, y que dentro de ella está el «éter interno», el cual es coextensivo con el espacio; este es el Âtmâ, el Yo inmortal, inaccesible á todo dolor:

Dentro moran el firmamento y el mundo; dentro moran el fuego y el aire, el sol y la luna, los relámpagos y las estrellas, todo lo que está y todo lo que no está en Este (el universo). *Chhândogyopanishat*, VIII, 1, 3.

Este «éter interno del corazón» es un término místico antiguo que describe la naturaleza sutil del Yo, el cual es, verdaderamente uno, y todo penetrante, de suerte que aquel que sea consciente en el Yo, es consciente de todos los puntos del universo. La ciencia dice que un movimiento de un cuerpo aquí afecta la estrella más distante, porque todos los cuerpos están sumergidos en el éter y penetrados por él, un medio continuo que trasmite las vibraciones sin fricción alguna, y por tanto, sin pérdida de energía, y por consiguiente á cualquier distancia. Esto es en el aspecto forma de la Naturaleza. Es, pues, natural que la conciencia, el aspecto vida de la Naturaleza, sea del mismo modo todo penetrante y continua.

Nosotros sentimos que estamos «aquí» porque estamos recibiendo impresiones de los objetos que nos rodean. Así, cuando la conciencia vibra en contestación á objetos «distantes» de un modo tan completo como á objetos «próximos» sentimos que estamos con ellos. Si la conciencia responde á un suceso que se verifica en Marte, tan completamente como á un suceso que tiene lugar en nuestra propia habitación, no hay diferencia en el conocimiento que se adquiere de uno y de otro, y en ambos casos se siente igualmente estar «aquí». El conocedor está donde quiera que su conciencia puede responder, y el aumento de este poder significa la inclusión en su conciencia de todo aquello á que responde, de todo aquello que está en su esfera de vibración.

En este punto también es útil la analogía física. El ojo puede ver todo aquello que puede lanzar vibraciones luminosas en él; para nada más. Puede responder dentro de cierta esfera de vibraciones; todo lo que esté fuera de ella, por encima ó por debajo, es para él obscuridad.

El antiguo axioma hermético «así como es arriba es abajo», es una clave en el laberinto que nos rodea, y estudiando lo reflejado abajo, podemos muchas veces aprender algo del objeto que desde arriba se refleja.

Una diferencia entre este poder de estar consciente de cualquier sitio y «el ir» á planos superiores, es que en el primer caso el Jiva, ya esté ó no encerrado en sus vehículos inferiores, se siente en el acto en presencia de los objetos «distantes», y en el segundo, revestido del cuerpo mental y del astral, ó solamente del primero, viaja velozmente de un punto á otro con conciencia de la traslación. Una diferencia aún mucho más importante es que el Jiva puede encontrarse en medio de una multitud de objetos de los cuales no entiende absolutamente nada, un mundo nuevo y extraño que le sorprende y confunde; al paso que en el primer caso comprende todo lo que ve, y conoce en todas ocasiones la vida así como la forma. Estudiada de este modo, la luz del Yo Uno brilla á través de todo, y se goza de un conocimiento sereno que nunca pudiera adquirirse pasando edades sin cuento en medio del desierto de las formas.

La concentración es el medio por el cual el Jiva escapa de la esclavitud de las formas y entra en la Paz. «Para él no hay paz sin la concentración»—dice el Maestro (*Bhagavad Gîtâ*, II, 66)—; pues la paz tiene su nido en una roca que se cierne sobre las agitadas ondas de la forma.

MENTES VAGABUNDAS.

La queja universal que viene de los que principian á practicar la concentración, es que el intento mismo de concentrarse da por resultado una mayor inquietud de la mente. Hasta cierto punto esto es verdad; pues la ley de acción y reacción funciona en esto como en todo, y la presión que se impone á la mente produce una reacción correspondiente. Pero al paso que admitimos esto, vemos, estudiando el asunto con mayor detenimiento, que el *aumento* de inquietud es en gran parte ilusorio. El sentimiento de tal aumento se debe principalmente á la oposición que de repente se hace surgir entre el Ego que desea la fijeza y la mente en su condición normal de movilidad. El Ego ha sido, durante una larguísima serie de vidas, llevado de aquí para allá por la mente en todos sus veloces movimientos, así como el hombre es llevado siempre á través del espacio por la tierra. El no está consciente del movimiento; no sabe que el mundo se mueve, de tal manera forma él parte de él, moviéndose como él se mueve. Si pudiese separarse de la

tierra y detener su propio movimiento sin quedar reducido á átomos, entonces solamente podría tener conciencia de que la tierra se movía con gran velocidad. Mientras el hombre ceda á todos los movimientos de la mente, no se da cuenta de su continua actividad é inquietud; pero cuando se queda quieto, cuando cesa de moverse, entonces siente el incesante movimiento de la mente, á la cual hasta entonces ha obedecido.

Si el principiante conoce estos hechos, no se desanimará desde el comienzo mismo de sus esfuerzos al encontrarse con esta experiencia universal, sino que considerándola como una resultante natural, proseguirá tranquilamente su tarea. Y, después de todo, no hace más que repetir la experiencia que expresó Arjuna hace cinco mil años:

Este Yoga que Tú has declarado ser por ecuanimidad, oh matador de Madhu, no lo veo firmemente fundado, á causa de la inquietud; pues la mente es verdaderamente inquieta, oh Krishna; es impetuosa, fuerte y difícil de doblegar: la considero tan difícil de encorvar como el viento.

Y la contestación es, no obstante, verdad; la contestación señala el *único* medio de conseguirlo.

Sin duda alguna, oh poderoso armado, la mente es difícil de doblegar é inquieta; pero puede ser doblegada por medio de la práctica constante y por la indiferencia. (*Bhagavad Gîtâ*, VI, 35-36.)

La mente, de este modo aquietada, no perderá tan fácilmente su equilibrio por los pensamientos vagabundos de otras mentes que buscan siempre dónde deslizarse, multitud vagabunda que constantemente nos rodea. La mente acostumbrada á la concentración, retiene siempre cierta positividad, y no se amolda fácilmente á los intrusos.

Todos los que se dediquen á educar sus mentes deben mantener una actitud de firme vigilancia respecto de los pensamientos que «vienen á la mente», practicando siempre con ellos una selección constante. El negarse á abrigar malos pensamientos, el repelerlos prontamente si llegasen á entrar, el reemplazar en el acto un pensamiento malo por uno bueno de naturaleza opuesta, esta práctica templará la mente de tal modo, que después de cierto tiempo obrará automáticamente, rechazando por sí misma lo malo. Las vibraciones rítmicas, armoniosas, repelen las inarmónicas é irregulares; son lanzadas de la rítmica y vibrante superficie como una piedra que choca contra una rueda que

gira. Viviendo, como todos vivimos, en una corriente continua de pensamientos buenos y malos, necesitamos cultivar la acción selectiva de la mente, de suerte que los buenos sean automáticamente acogidos y los malos automáticamente rechazados.

La mente es como un imán, que atrae y repele, y la naturaleza de sus atracciones y repulsiones puede ser determinada por nosotros mismos. Si observamos los pensamientos que acuden á nuestra mente, veremos que son de la misma clase que los que habitualmente abrigamos. La mente atrae los pensamientos que son congruentes con sus actividades normales. Si, pues, practicamos deliberadamente durante un tiempo la selección, la mente verificará pronto esta selección por sí misma en la senda que se le ha marcado, y de este modo los pensamientos perjudiciales no penetrarán en la mente, al paso que los beneficiosos encontrarán siempre la puerta abierta.

Modo de concentrarse.

Una vez comprendida la teoría de la concentración, el estudiante debe principiar su práctica.

Si tiene un temperamento de devoción, su trabajo se simplificará mucho, porque puede tomar el objeto de su devoción como objeto de contemplación; y como el corazón es atraído poderosamente á ese objeto, la mente permanecerá gustosamente en él, presentando la imagen amada sin esfuerzo y excluyendo las otras con igual facilidad; pues la mente es constantemente impelida por el deseo y sirve siempre como ministro del placer. Aquello que causa placer es lo que la mente busca siempre, y siempre trata de presentar imágenes que causan placer y de excluir las que originan dolor. De aquí que se sostendrá en la imagen amada, fijándose en tal contemplación por el placer que causa, y si se la obliga á separarse de ella, volverá una vez y otra. Un devoto puede, pues, alcanzar muy pronto un grado considerable de concentración; piensa en el objeto de su devoción, creando, con la imaginación, tan claramente como le es posible, una pintura, una imagen de aquel objeto, y luego conserva su mente fija en esa imagen, en el pensamiento del amado. Así, un cristiano pensaría en el Cristo, en la Virgen Madre, en su Santo Patrono, en su Angel Guardián, etc.; un hindo pensaría en Maheshvara, en Vishnu, en Umâ, en Shrî Krisna; un buddhista pensaría en Buddha, en Bodhisattva; un parsi en Ahura-mazda, en Mithra, y así sucesivamente. Todos y cada uno de estos objetos llaman la devoción del que adora, y la atracción que ejercen sobre el corazón ata

la mente al objeto causante del placer. De este modo la mente se concentra con el menor esfuerzo, con la pérdida menor de fuerza.

Cuando el temperamento no es de devoción, puede, sin embargo, utilizarse como ayuda el elemento de atracción; pero en este caso debe atar á una idea, no á una persona. Los primeros intentos de concentración deben hacerse siempre con esta ayuda. En la persona no devota la imagen atrayente debe tomar la forma de alguna idea profunda, de algún elevado problema; esto es lo que debe formar el objeto de concentración, y en él debe fijarse firmemente. En esto, el poder de sujeción de la atracción es el interés intelectual, el deseo profundo de conocimiento, uno de los amores más hondos del hombre.

Otra forma de concentración de mucho resultado, para el que no se sienta atraído á una personalidad como objeto de devoción, es elegir una virtud y concentrarse en ella. Semejante objeto puede despertar una especie de verdadera devoción, porque llama al corazón, por medio del amor, á la belleza intelectual y moral. La virtud debe ser imaginada por la mente del modo más completo posible, y cuando se ha obtenido una vista general de sus efectos, la mente debe sostenerse fija en su naturaleza esencial. Otra gran ventaja de esta clase de concentración es que la mente se moldea á la virtud y repite sus vibraciones, convirtiéndose la virtud gradualmente en parte de la naturaleza y estableciéndose firmemente en el carácter. Este moldeamiento de la mente es en realidad un acto de creación propia, pues la mente, después de algún tiempo, asume gustosa las formas á que se le ha obligado por la concentración, y estas formas se convierten en los órganos de su expresión habitual. Con verdad se ha escrito de muy antiguo:

> **El hombre es la creación del pensamiento**; lo que **piensa en su vida, en eso mismo se convertirá en lo sucesivo.** (*Chhândogyopanishat*, III, XIV, I.)

Cuando la mente se aparta del objeto, ya sea éste de devoción é intelectual—como sucederá una y otra vez—, debe ser traída y fijada de nuevo en el objeto. Muchas veces, en un principio, vaga lejos sin que tal vagar se note, y el estudiante despierta repentinamente al hecho de que está pensando en una cosa muy distinta del objeto propuesto. Esto sucederá una y cien veces, y con paciencia debe volverla á traer al punto; es un procedimiento fastidioso y cansado, pero no hay otro medio de obtener la concentración.

Es un ejercicio mental útil é instructivo, cuando la mente se ha deslizado de este modo sin que se note, el traerla de nuevo al punto

haciéndola retroceder por el mismo camino por el cual se apartó. Este procedimiento aumenta el dominio del jinete sobre su desbocado corcel y disminuye así su inclinación á escapar.

El pensar consecutivo, aunque es un paso hacia la concentración, no es una cosa idéntica, porque en el pensar consecutivo la mente pasa por una serie de imágenes y no está fija en una sola. Pero como es mucho más fácil que la concentración, el principiante puede usarlo como preparatorio de la otra tarea más difícil. Para un devoto es muchas veces útil elegir una escena de la vida del objeto de su devoción, y el pintar vívidamente la escena en sus detalles, de localidad, paisaje y colorido. De este modo la mente se afirma gradualmente en una senda, y, por último, se la puede conducir á fijarse en la figura principal de la escena, ó sea el objeto de devoción. Al reproducirse la escena en la mente asume un sentimiento de realidad, y de este modo puede ser posible ponerse en contacto magnético con los anales de esta escena en un plano superior—la fotografía permanente de ella en el éter kósmico—y obtener así un conocimiento mucho mayor de ella que el que puede haberle dado cualquiera descripción. De este modo también el devoto puede ponerse en contacto magnético con el objeto de su devoción, y por medio de este contacto directo entrar en relación mucho más íntima con él; pues la conciencia no se halla bajo ninguna limitación física de espacio, sino que *está* donde quiera que se halla consciente—circunstancia que ya ha sido explicada.

La concentración misma, sin embargo, debe tenerse presente que no es este pensar consecutivo, y la mente tiene por último que ser firmemente atada al objeto único y permanecer fija en él, no razonando sobre él, sino, como si dijéramos, extrayendo, absorbiendo su contenido.

Annie Besant.

(Se continuará).



NUESTRAS POSIBILIDADES

Una de las cuestiones que con más justo motivo debiera atraer la atención de la humanidad entera, es la de alcanzar el conocimiento del lugar que el hombre ocupa en la Naturaleza, y del destino que ésta le tiene reservado de conformidad con sus leyes inmutables.

En la época actual son en muy escaso número los hombres que se preocupan de estas cosas, atareados como se hallan en su afán por mejorar lo que ellos llaman su bienestar presente, creyendo que en esto consiste toda la felicidad que la Naturaleza nos ha concedido.

Sin embargo, algunos pocos, viendo que el hombre es el ser, entre todos los seres que pueblan este mundo, que más sufrimientos y penalidades soporta desde la cuna al sepulcro, se han dedicado á estudiar las leyes que rigen así al mundo como á todos los seres que lo habitan. Y su investigación no ha resultado infructuosa, pues se han llegado á convencer de que las obras de la Naturaleza obedecen á un plan preconcebido, en vez de ser debidas á la casualidad y al acaso, como erróneamente suponen los que no han podido ó no han querido dedicarse á profundizar acerca de estos asuntos.

Debido á las leyes que nosotros mismos confesamos existen en la Naturaleza, no podemos dejar de comprender que ésta es inteligente, por aquello de que un efecto inteligente ha de proceder necesariamente de una causa inteligente, y las obras de la Naturaleza no podemos negar que acusan inteligencia, y dicho sea de paso, una inteligencia muy superior á la nuestra; además, debemos tener en cuenta que si la Naturaleza no fuese inteligente, nosotros, que somos sus hijos, que somos una parte integrante de la misma, tampoco lo seríamos. Lo contrario sería como suponer que el mar inmenso no posee las mismas condiciones y las mismas cualidades, y aun esto en un grado infinitamente mayor, que una sola gota de agua que se hubiese extraído de su seno. El caso es exactamente el mismo; nosotros somos una parte de la Naturaleza, y por lo tanto, nada podemos poseer, ahora ni nunca, que Ella no lo posea en un grado infinitamente mayor. El todo es superior á la parte. Y si es inteligente debemos suponer razonablemente que esa inteligencia la ha empleado, la emplea y la empleará en dirigir y perfeccionar la obra que se ha propuesto, la cual no puede ser otra, á nuestro modo de ver, que el perfeccionamiento progresivo de todo cuanto de su mismo seno ha emanado.

No es posible concebir una inteligencia sin afirmar al mismo tiempo que ésta se ha propuesto algo, pues una inteligencia sin plan ni objeto no sería tal, ó por mejor decir, sería la negación de sí misma. Y si la Naturaleza es inteligente y se ha propuesto realizar un algo, no es posible, más aún, es absolutamente imposible que ese algo sea el de crear seres y más seres en una escala de gradación infinita, sólo con el objeto de destruirlos después de haber concedido á algunos de ellos el privilegio de contemplar sus maravillas; no, la Naturaleza no puede

destruir á los seres que de si misma ha emanado; pues para ello sería necesario que se destruyera á sí misma. Menos aún, si cabe, puede ser posible que esa Naturaleza se complazca en infligir tantos y tan variados sufrimientos á sus criaturas, y muy especialmente al hombre, que, en este mundo, entre los innumerables que se hallan diseminados por el espacio infinito, es el ser más inteligente que lo habita. En efecto, observamos que la suma de sufrimientos á que está sujeto el hombre es mucho mayor que la de los animales; y cosa extraña al parecer: cuanto más inteligente es la criatura, y sobre todo cuanto más desarrollada está moralmente, tanto más acerbo es en muchos casos el sufrimiento. De este hecho podríamos deducir, según las materializadas teorias modernas, que la Naturaleza se complace en atormentar á los seres que Ella misma ha creado, y con tanto mayor encono cuanto más desarrollados y elevados son éstos. Afortunadamente no es así, sino que por el contrario, todo tiene un objeto. Si la carga con que la inexorable Ley agobia al hombre es con mucho más pesada que la de los demás seres que le son inferiores, ello es con el objeto de acelerar su evolución, es con el fin de que se haga consciente de los poderes que tiene en germen, los cuales puede desarrollar por medio de esfuerzos conscientes, ya que el hombre posee una conciencia individual, una conciencia en cierto modo separada de las demás conciencias, si bien son todas una con la Conciencia Universal de donde todas se derivan, lo que no sucede con los seres que le son inferiores. Al hombre, con respecto á la Naturaleza, le sucede lo que al niño con su nodriza: sabe ésta que el niño no ha de ser siempre niño, sino que forzosamente ha de llegar un día en que sea hombre, y por lo tanto, le prepara para que ejercite su voluntad y destreza; le deja solo, aunque sin perderlo de vista, para que aprenda á andar por sí mismo, aun cuando sabe que al separarse de él es seguro que le sucederá algún percance que inevitablemente le acarreará algún sufrimiento y dolor más ó menos vivo, dolor y sufrimiento que considera necesarios para apresurar su evolución.

Lo mismo hace la Naturaleza con el hombre, que mal que nos pese, y á pesar de todas nuestras inocentes á la par que ridículas pretensiones, no es más que un niño; somos aún niños en el sentido intelectual, moral y espiritual. Verdad es que en el primer sentido existe un buen número de individuos bastante desarrollados, pero en los dos últimos, y muy especialmente en el espiritual, el desarrollo es casi imperceptible en la inmensa mayoría de los hombres. Hemos dicho en su inmensa mayoría, lo cual significa que existen excepciones; en efecto, las hay, aun cuando su número es muy reducido. Pero aun cuando sea

así, aun cuando el número de los que han alcanzado un nivel moral y espiritual muy superior al nuestro sea muy reducido, esto nos debe bastar para suponer con razón que lo que han alcanzado unos pocos podemos alcanzarlo todos, del mismo modo y con la misma seguridad que tiene el niño de llegar á ser hombre. Pero para ello es necesario que nuestra nodriza, la Naturaleza, nos deje solos hasta cierto punto; es menester que aprendamos á marchar solos y á ejercitar nuestra voluntad, pues de lo contrario jamás llegaríamos á ser unidades completas en la Creación. (Emanación.)

Los animales no tienen voluntad propia; hemos dicho mal, los animales tienen voluntad propia, así como una dosis más ó menos grande de inteligencia, pero no tienen una noción clara y consciente de que poseen esa voluntad y esa inteligencia; por esta razón la Naturaleza los guía y conduce, no los abandona ni un momento, pues sabe que donde no hay conciencia deliberada no puede haber un guía, y sin guía no es posible la evolución y el desarrollo.

Por el contrario, el hombre es un ser consciente, obra por modo deliberado, tiene conciencia de lo que hace y de lo que quiere, y en este caso la Naturaleza no interviene para nada en sus decisiones, por cuya razón él solo es el responsable de sus actos. Posee la libertad de obrar según le place; pero esta libertad entraña una responsabilidad proporcional. Decimos proporcional porque no todos los hombres poseen esa libertad de obrar en un mismo grado; desde el salvaje casi irresponsable hasta el hombre más cultivado é inteligente, existe una gradación de responsabilidades proporcionales á su grado de desarrollo, esto es, al grado de intensidad intencional con que obran. En este sentido decimos que no todos los hombres poseen la libertad de obrar en un mismo grado; pues aun cuando dos hombres ejecuten una misma acción y en circunstancias y condiciones idénticas, su responsabilidad variará según el grado mayor ó menor de intención é inteligencia con que lo ejecutaron. Donde no hay conciencia de lo que se hace, no puede haber responsabilidad.

Ahora bien; de esa libertad más ó menos amplia que el hombre posee se derivan todos sus errores; el hombre yerra, porque, como el niño del símil, su nodriza se ha separado de él, aun cuando no lo ha abandonado por completo. Debe servirse de su criterio propio, y éste sólo puede adquirirlo por medio de una dilatada práctica, esto es, por medio del tiempo y de esfuerzos constantes. De estos errores es él responsable ante la inexorable Ley, y esto nos da la clave del por qué vemos que el hombre es el ser que más penalidades y sufrimientos debe

soportar en este mundo. Pero estas penalidades y sufrimientos tienen un objeto; ellos son el principal factor de nuestras posibilidades; sin ellos jamás traspasaríamos los límites de los seres inconscientes, pues es imposible concebir la conciencia sin la responsabilidad, la libertad de obrar deliberadamente, sin ser responsables de las consecuencias que esta libertad entraña.

Por medio de esta libertad, de la que tantas responsabilidades se derivan, el hombre puede alcanzar, y sin ningún género de duda alcanzará, estados de perfección que en este momento le es imposible concebir, de la propia suerte que á los irracionales les es imposible comprender en el estado actual de su desarrollo, el modo de ser de un hombre, con todo y ser éste una criatura tan imperfecta.

El ser humano contiene en germen todos los poderes y muchos más que la mayoría de los creyentes en los dogmas exotéricos atribuyen á su Dios, excepto el de hacer milagros; pues esta palabra entraña el sentido de que pueda suceder algo fuera de las leyes naturales, y nosotros creemos firmemente que jamás ha existido, existe, ni existirá nadie absolutamente, bien sea hombre, ángel ó Dios, que pueda realizar algo que se aparte siquiera sea una millonésima parte de un milímetro de lo que ha dispuesto la inmutable y sin principio Ley de la Naturaleza. Pero es tan vasto el círculo de lo que la Ley permite, que bien podemos decir que es infinito. Dentro, pues, de este vasto círculo, puede el hombre moverse y trabajar, á fin de desarrollar los poderes que tiene en germen. Pero para ello necesita ejercer la voluntad, necesita querer; pues no está en la Ley que el hombre se eleve á determinadas alturas si tal no es su voluntad. La Naturaleza puede ayudarnos á conseguir nuestros destinos, mas no puede violentar nuestra voluntad. La libertad y el libre albedrío que una vez nos ha concedido, son inviolables, y por lo tanto, nadie puede arrebatárnoslos, puesto que si esto fuese posible volveríamos al estado en que actualmente se halla el animal, y la Naturaleza marcha siempre en sentido progresivo, jamás retrocede.

Cuando el hombre llegue á desarrollar una parte de los poderes de que hablamos, verá que por su misma esencia es inmortal, pues que la Raíz de la cual procede es inmortal y sin principio. Entonces comenzará á conocerse y comprenderá que todas sus penalidades y sufrimientos tienen un objeto, como lo tienen los desvelos y vigilias que se impone el escolar para adquirir los conocimientos que le son indispensables para graduarse de doctor.

Verdad es que la perspectiva del sufrimiento y del dolor que nos

son necesarios para alcanzar el lugar que la Naturalera nos tiene señalado, no ha de sernos una cosa muy agradable, pero tal es la Ley y la consecuencia inevitable de la libertad que el hombre posee, la cual engendra responsabilidades que no puede eludir. Sin libertad no puede existir ni puede concebirse un ser consciente; mas este privilegio de ser, y de saber qué somos, nos hace incurrir en la responsabilidad de nuestros actos, siempre en conformidad con el desarrollo que hemos alcanzado. Sin embargo, cuando se reflexiona que esos sufrimientos, si bien necesarios, son temporales, y que tienen por objeto alcanzar una vida superior, en la cual el alma se verá libre de ellos, la cosa cambia por completo de aspecto. Entonces vemos que la transitoria etapa en la cual el mal domina, sólo tiene por objeto conducirnos á la realización del bien que es eterno. Entre esos dos aspectos de nuestra vida infinita no existe punto de comparación; pues el primero, por muy dilatado que nos aparezca, es transitorio, mientras que el segundo es eterno y sin fin. Así lo da á entender Krishna á su discípulo Arjuna, cuando le dice que las almas que han llegado hasta Él no sufren molestia ni quebranto alguno, ni á la formación ni á la disolución del Universo.

Así, pues, el hombre está destinado á convertirse en un ángel, y más tarde en un Dios. Así como, según dice un axioma hermético, una piedra se convierte en una planta, una planta en un animal y un animal en un hombre, así también un hombre se ha de convertir en un ángel, y un ángel en un Dios, y así sucesivamente hasta llegar á alturas completamente inaccesibles por ahora á nuestra pobre imaginación.

Quizá se objetará que todo esto no son más que bellas teorías propias para seducir la imaginación de las almas sencillas, pero cándidas, pero no para llevar el convencimiento de que estas posibilidades puedan realizarse al espíritu de los hombres sesudos y positivistas de nuestra época. Y nosotros nos permitimos preguntar: ¿quiénes son los más sesudos y positivistas, aquellos que se afanan por estudiar á la Naturaleza en todos sus aspectos y se esfuerzan en hacer comprender á los hombres que todos somos hermanos, así como que todas las opiniones son respetables, ó aquellos que encerrados en un orgulloso exclusivismo pretenden sólo ellos poseer la verdad, negando á los demás la posibilidad de que puedan acertar en sus pretensiones?

Somos de opinión que la parte, grande ó pequeña, que al hombre en su estado actual de desarrollo le es dado comprender de las Leyes Naturales, es más fácil que la alcance aquél que se halla libre de exclusivismos, y que comprende lo poco que sabe y lo mucho que le queda por aprender, que aquél que cree saber mucho y se llama á sí mismo

hombre de ciencia, y sonríe desdeñosamente ante las opiniones de aquellos que él cree más ignorantes, cuando en realidad no ha hecho más que rozar, con toda su *ciencia*, la superficie de la Ciencia Verdadera.

Estos hombres, pues, que comprenden lo poco que saben y lo mucho que les queda por aprender, son los que en realidad han llegado á comprender algo de los Misterios que la Verdadera Ciencia encierra, y por ello han llegado á la conclusión de que en la Naturaleza, todo, absolutamente todo, tiene un objeto; que no existen fuerzas ciegas, como ignorantemente se afirma, sino que todo obedece á una Inteligencia Suprema que se ramifica y se subdivide, SIN DIVIDIRSE JAMÁS, hasta lo infinito.

Mas ese algo que han llegado á comprender de los Misterios de la Verdadera Ciencia, no lo han conseguido solamente por medio del estudio de los libros y el trabajo asiduo del laboratorio; lo han conseguido principalmente porque se han esforzado en purificar su naturaleza, se han esforzado en desterrar de sí el egoismo, que es nuestro mayor enemigo, y el que, colocando una tupida venda ante los ojos del alma, no nos deja percibir las cosas tales como ellas son. A la mayoría de los hombres actuales les parece una cosa muy natural y lógica que los esfuerzos individuales se dirijan exclusivamente en provecho del individuo, ó cuando más, en provecho de un número muy reducido de personas, cuando precisamente ese erróneo concepto es el que ciega los ojos del alma. El circunscribir el deseo del bien á uno mismo, ó á un número reducido de personas, es puro egoismo, y el egoismo es la maldición de la humanidad.

Por esta razón, aquellos que han conseguido ser menos egoistas que el común de los hombres, y han purificado en mayor ó menor grado su naturaleza inferior, esos son los que han logrado abrir los ojos de su alma, y con ellos pueden ver á través de los velos que el egoismo coloca ante nuestra vista, que el hombre puede, si quiere, cerciorarse de que la Naturaleza no le ha condenado á sufrir sin objeto, sino que, por el contrario, su destino es progresar incesantemente hasta convertirse en un Dios.

KIEL



CON MOTIVO DE LA MUERTE
DE D. LEOPOLDO ALAS (1)

La Literatura ocultista. — El asunto Sánchez Calvo. — Una carta INÉDITA *del Sr. Alas sobre el particular. — La herencia intelectual de Sánchez Calvo.*

(Carta abierta al Excmo. Sr. D. Juan Valera.)

DESDE hace algún tiempo, distinguido señor, desde que recibiera del ilustre crítico, hoy por desgracia fallecido, la carta que más adelante conocerá, había concebido la idea de dirigirme á usted, deseoso de conocer ciertos datos que seguramente posee, relacionados con la vida, escritos y personalidad dentro de nuestra ciencia y de nuestra filosofía, del casi olvidado escritor español Estanislao Sánchez Calvo. Mucho hube de dudar antes de decidirme á molestar á usted; pero circunstancias varias me obligaron á ello. No hubiera hecho de otro modo todo lo que debía por sacar del olvido en que yace el autor de *Los nombres de los Dioses* y de la *Filosofía de lo maravilloso positivo*, esas dos incomparables obras, únicas en su género en España y fuera de España, esos dos monumentos de la filología y de la filosofía más transcendentales. . .

Concebí la idea de solicitar de usted los citados datos, y aun algo más, por varias razones. La primera, la de que usted había prometido hablar de *Lo maravilloso positivo*, lo cual ya indicaba le había interesado tan excepcional producción. Y, ¿cómo no, cuando siempre en sus trabajos encontraron natural cabida y sabio análisis todos los asuntos de interés, y especialmente los relacionados con el alto movimiento filosófico contemporáneo? ¿Cómo dudar que, á muy poco que por mi parte hiciera por recordar á usted todo cuanto podía deberle la memoria del olvidado pensador, usted había de volver á sus primeros espontáneos entusiasmos? Sería desconocer su tradición literaria. Sería desconocer, por ejemplo, que cuando apenas se tenía noticia en España del hoy universal movimiento teosófico, ya escribía usted aquella su interesante carta á Menéndez Pelayo sobre el *Buddhismo Esotérico*. Sería desconocer que usted fué el primero de nuestros escritores con-

(1) Del núm. 21 del popular semanario *Gente Vieja* tomamos la presente *Carta abierta*, que allí apareció acompañada de una en extremo laudatoria nota sobre su autor.

temporáneos que por encima de rutinas y prejuicios introdujo en su léxico los términos *ocultismo* y *teosofía*, y aun se valió de argumentos *ocultistas* (y perdóneseme la expresión) para sus propias obras, como Poe, Lord Lytton y otros ilustres escritores extranjeros. Sería olvidar que la primera vez que encontré citada en nuestra literatura la original *She*, de Rider Haggard (que con Crawford, Cutcliffe Hyne, la Mabel Collins y otros escritores, forma lo que pudiera denominarse *escuela ocultista* en la novela inglesa), fué leyéndole á usted. Sería negar, en suma, que siempre su actividad literaria y su inimitable ingenio estuvieron al servicio de todas las elevadas ideas que atravesaron por nuestro campo intelectual. Tenían, pues, razón de ser mis deseos de escribirle, tratándose de orientar al público sobre el autor de una *Filosofía de lo maravilloso positivo*, tan relacionada con todas aquellas cosas de las cuales usted nos diera las primeras noticias. Mis deseos se tornaron en algo como deber desde el momento en que dejó de existir el ilustre crítico Sr. Alas, amigo íntimo y confidente del filósofo, y *uno menos* ya de los dos escritores que pudieran hablar de Sánchez Calvo. Usted, Sr. Valera, que es el otro, no puede hoy eludirse. Es hoy quien posee más datos de carácter intelectual sobre el autor de *Los nombres de los Dioses*, y quien está obligado á sacar del olvido sus obras... La osadía que me alentó para escribirle (y alentóme asimismo para hacerlo de este modo descarado y *público*), tuvo por objeto que si estas mis palabras no encontraban eco alguno, quedasen consignados para siempre entre ellas algunos datos de indiscutible valor, como son desde luego los aportados por la carta del Sr. Alas, que de otro modo quedaría ignorada. Y antes de continuar, diré sobre el origen de esta carta lo que sigue:

Deseaba hace ya tiempo haber publicado en alguna revista teosófica de las escritas en español, un capítulo de la *Filosofía de lo maravilloso positivo*, para que, acompañado de algunas notas, hubiera servido para dar á conocer (si bien incompletamente) al filósofo, entre los lectores teosofistas de América. Con tal motivo, lancéme en busca de datos sobre el autor de *Los nombres de los Dioses*, datos que... no hallé por ninguna parte. No recordaba la fecha en que murió, y ni aun podía, por tanto, repetir lo que dijo la prensa á su fallecimiento. Recordaba, sin embargo, que como Sánchez Calvo no perteneció á Academias, ni fué político, ni gran cruz de ninguna orden, apenas se le dedicaron algunas líneas en ciertos periódicos. Sólo el Sr. Alas en la *Revista de España* — según luego supe — le consagró una página, en la que prometía tratar del querido amigo más extensamente, y *decía conservaba en su poder* — si mal no recuerdo — *originales* del ilustre ovetense, y decía asimismo que dejaba éste unos estudios inéditos sobre *el Cristo*... No he podido hallar el número correspondiente á esta noticia, por lo cual hablo de memoria. Para salir de aquellas dudas, escribí al propio Sr. Alas, quien me contestó sobre el particular lo que sigue:

«... *no recuerdo dónde escribí acerca de Sánchez Calvo (mi querido amigo, que en paz descanse), ni conservo nada de lo escrito. Su libro* Los nombres de los Dioses, *iba á traducirlo el alemán doctor Thomas; no sé si lo hizo. D. Juan Valera prometió hablar de* Lo maravilloso positivo, *y no habló.*

»*Tengo en mi poder un libro inédito de Sánchez Calvo acerca de la filosofía moderna religiosa, que me está dedicado. En él se adivinan muchas cosas que el novísimo idealismo ha dicho, después de muerto mi querido amigo. Yo quería publicar esta obra con prólogo y notas de mi pluma, pero la viuda no se decide á autorizar la publicación.*

»*Su afectísimo, etc.*—LEOPOLDO ALAS.»

Claro es que, á no ser por la inesperada y triste circunstancia de haber fallecido el Sr. Alas, ni la anterior carta hubiera sido publicada, ni la presente escrita. Bastaba que el ilustre crítico indicase deseos de publicar *la* ó *las* obras de Sánchez Calvo, con *prólogo* y *notas* suyas, y que, por otra parte, me indicase el proyecto de usted de hablar sobre *Lo maravilloso positivo* — proyecto que yo no conocía — para que aguardase hasta la realización futura de ambos incomparables acontecimientos literarios.

Pero muerto hoy el ilustre crítico, depositario amistoso de escritos, impresiones é ideas de Sánchez Calvo; continuando las obras de éste en los sótanos de las librerías ó *mal vendidas en los baratillos* (por no ser conocidas), y siendo cada vez más difícil obtener noticias sobre el notable filólogo, he creído necesario hacer notar que se imponía la necesidad de que alguien de prestigio suficiente y de autoridad indiscutible tomase para sí esta tarea de popularizarle en lo posible, y de poner en claro la actual situación en que sus obras inéditas se encontraban.

He creído asimismo necesario indicar que alguien debiera proponerse conseguir de las Academias, del Estado ó de quien se pudiera, la publicación de estas obras; que alguien las estudiase, que alguien reuniese, en suma, todo cuanto sobre Sánchez Calvo existe...

Y como á buen entendedor, con media palabra le basta, y usted, Sr. D. Juan Valera lo es, á usted, por tanto, me dirijo.

Dado su justo universal renombre; dado el haber querido ya antes de ahora realizar en parte esta obra; dada la alusión del ilustre crítico fallecido Sr. Alas, y dada, finalmente, la opinión pública, que señala á usted para ello, á usted, autor de *Morsamor* y de profundos estudios críticos, es á quien corresponde el emprender tan noble tarea, digna exclusivamente de altos espíritus.

Y perdone mis atrevimientos. Crea que mucho ha titubeado antes de molestarle, éste, que no es sino uno de sus más respetuosos discípulos y un su amigo que le desea la paz,

VIRIATO DÍAZ-PÉREZ.



CONFERENCIAS TEOSÓFICAS DE 1900

EN LA UNIVERSIDAD DE GINEBRA

POR EL DR. TH. PASCAL

SEGUNDA CONFERENCIA

(Continuación).

TRATARÉ ahora de exponeros algunas consideraciones generales acerca de la fuerza y la materia, acerca de las modificaciones fundamentales á que está sujeta la fuerza á medida que se encarna en átomos más complejos, que desciende de plano en plano, de mundo en mundo, hasta nuestro mundo de materia física donde se halla, en un momento dado, por completo equilibrada en el reino mineral: el reino del reposo de los cuerpos. (1)

En el primer átomo, aquel que constituye la raíz de todos los demás, puede la fuerza escapar por todos los puntos de la envoltura de su esfera: es casi libre.

En el segundo átomo, sólo puede escapar la fuerza por el vértice de las aristas de un icosaedro ideal que circunscribiese al agregado de átomos primitivos que constituye al segundo átomo: la fuerza es aquí menos libre que anteriormente.

En el átomo tercero, el átomo primordial del tercer mundo, sólo puede la fuerza escapar por el vértice de las aristas de un dodecaedro ideal que circunscribiese al agregado que constituye á este tercer átomo: la fuerza se va limitando cada vez más.

En el cuarto átomo, ya no escapa la fuerza más que por el vértice de las aristas de un octaedro circunscrito.

En el átomo quinto, sólo se escapa la fuerza por el vértice de las aristas de un cubo circunscrito.

En el átomo sexto se centraliza todavía más, y sus únicos puntos de escape son por el vértice de las aristas de un tetraedro circunscrito.

Y por fin, en el séptimo átomo, el que yace en la base del mundo físico, la centralización es completa; la fuerza obra en forma de torbellino á lo lar-

(1) Mas no de los átomos que conservan todos sus movimientos.

go de las paredes atómicas, en derredor de sus espiras y espirilas; pero no sale sino por un punto, lo que puede considerarse como la punta del átomo. Más abajo describiremos á éste último.

Observaréis las figuras ideales formadas en los diversos átomos por los puntos de escape de la fuerza en ellos. Abajo, en el átomo físico, tenemos el punto; arriba, en el átomo primitivo, la esfera; y entre estos dos extremos, los cinco poliedros regulares, los «sólidos platónicos» de los antiguos.

Esos cinco sólidos llamábanse en los misterios báquicos los «dados» de Baco; *simbolizaban* á los átomos de los cinco mundos intermediarios; y Baco jugando á los dados, es el Logos, el Demiurgo; Dios creando el Universo por medio de combinaciones, que agrupan ó agregan los átomos (los «dados»). En la última parte de esta exposición trataré más extensamente este punto, y espero demostraros entonces lo que os dije esta tarde, ó sea que en los antiguos templos los sacerdotes iniciados enseñaban á los elegidos, á aquellos capaces de comprender el espíritu, y ocultaban la verdad bajo el velo de la alegoría, del símbolo ó del mito á las masas ignorantes.

* * *

Expondré ahora algunas consideraciones acerca de las *formas* atómicas.

Los átomos superiores, aquellos pertenecientes á los mundos que se hallan por cima del mundo físico, sólo están al alcance de los hombres que han logrado desarrollar el sentido de los cuerpos sutiles correspondientes á esos mundos diversos.

Así, pues, el conocimiento del mundo físico es sólo parcial, porque el desarrollo de los sentidos del cuerpo físico es incompleto; cuando éstos estén plenamente desarrollados penetrarán las capas invisibles aun de nuestro mundo, y el aire, los gases y los éteres se harán visibles y perceptibles.

Aquellos que han desarrollado los sentidos del cuerpo llamado «astral», pueden ver el mundo astral, y así sucesivamente respecto á los demás mundos, y por lo tanto, sólo aquellos que se han sometido á las condiciones especiales que desarrollan los sentidos superiores, son capaces de conocer los mundos superiores y los átomos de la materia de esos mundos. Sólo se entrega el conocimiento de esos átomos á aquellos que pueden verlos y comprenderlos, y no me encuentro en este caso.

Resultaría además imposible expresar con palabras sacadas de la ciencia del mundo visible los fenómenos propios de los mundos sutiles. No existen esas palabras, no habiéndolas creado el hombre por ignorar los fenómenos superiores. Existen en los mundos hiperfísicos, modos de ver, de sentir, etcétera, tan diferentes de los modos á los que nos han acostumbrado nuestros sentidos físicos, que es imposible concebirlos siquiera antes de haberlos experimentado. Así, cuando el profesor Zöllner, de la Universidad de Leipzig, presenció fenómenos como el de salir varios objetos de cajas herméticamente cerradas que los contenían, sólo pudo comprenderlos imaginando aquello

que llamó la cuarta dimensión del espacio (1); es un término defectuoso bajo muchos puntos de vista, pero mientras no tengamos otro mejor, podemos conservarlo. Indica la posibilidad de ver la materia de un modo más completo: permitiría la cuarta dimensión ver el INTERIOR de la materia, y os dije el miércoles pasado que los rayos Roentgen y la clarividencia de ciertos hombres demuestran que el hecho es posible. Podríamos decir, por lo tanto, que cada mundo posee una dimensión más, á medida que está compuesto de un tipo atómico más sutil: el mundo físico tiene tres dimensiones, cuatro tendría el mundo astral, cinco el mundo mental, y así sucesivamente.

Nada puedo decir, pues, acerca de las formas atómicas superiores, pero trataré de esbozar el átomo físico primordial.

Tiene este átomo la forma de un esferoide; está formado por el arrollamiento de cierto número de espiras; estas espiras mismas están compuestas de espirilas, y así sucesivamente como lo demuestran las proyecciones.

Entra la fuerza por la depresión que se observa en la base del esferoide, recorre todas las espiras y espirilas y finalmente sale por lo que constituye el vértice del átomo; escapa por un *punto*, como decían en la enseñanza de los Misterios. Su símbolo en esos Misterios era el «trompo», porque el átomo gira rápidamente sobre su eje; añadiré que también gira alrededor del centro del compuesto especial á que pertenece: ese compuesto representa un sistema planetario en miniatura.

Tales son las breves nociones que puedo exponeros acerca del concepto teosófico de la fuerza-materia y de los átomos.

No ignoro que muchos siglos habrán de transcurrir antes de que sea posible aducir la prueba experimental completa de ello, pero también sé que la ciencia avanza, y que no está lejano el día en que vendrán sus descubrimientos á corroborar primero, y á demostrar más tarde, la doctrina que he intentado bosquejar aquí Ya se ha descubierto que existe una relación exacta entre la extensión de las ondas de los colores y las formas geométricas. He aquí lo que respecto á este punto acaba de publicar el químico francés Duguet:

«El examen microscópico de fotografías sacadas en determinadas condiciones, permite establecer una relación exacta entre la extensión de la onda y la forma molecular.

»Además, correspondiendo cada extensión de onda á un valor ó un color, engendra aquélla una forma molecular geométricamente distinta.

»Es así que las formas moleculares geométricas del azul, del amarillo y del rojo, son siempre semejantes á sí mismas; lo que permite reconocer fácilmente la forma geométrica que corresponde al azul, al amarillo ó al rojo espectral.» (2)

---

(1) Zöllner, *Física transcendental*.

(2) Sacado del *Journal* de Noviembre 1900 y reproducido por buen número de periódicos.

Ahora bien; ¿qué es una extensión de onda? Una forma especial de vibración de un compuesto atómico. Esa vibración es registrada por las placas sensibles como forma geométrica.

¿Por qué no habría de ser posible que la vibración de los grupos atómicos que forman las raíces de los diversos estados de materia de nuestro universo, pudiese ser simbolizada por medio de figuras geométricas? Otros descubrimientos vendrán á confirmar poco á poco los detalles de la enseñanza teosófica, particularmente aquellos que se relacionan con el átomo primordial del mundo físico.

J. X. H.

(Se continuará.)



DIÁLOGO PLATÓNICO

Trozo del titulado PHEDRO Ó DE LA BELLEZA, según la traducción de D. J. de Vargas, publicado en la *Biblioteca Económica Filosófica*:

«..... debe quedar determinada con exactitud la naturaleza del alma divina y humana, por la observación de sus propiedades y facultades.

Partiremos, pues, de este principio. Todo espíritu es inmortal, porque todo el que se mueve con movimiento continuo es inmortal. El ser que se comunica y recibe el movimiento, deja de vivir cuando el movimiento cesa; sólo el ser que por sí mismo se mueve, no pudiendo dejar de ser el mismo, no cesa nunca de moverse; y lo que es más: es el origen y principio del movimiento para todos los seres que participan del movimiento. Ahora bien, un principio no puede producirse, porque todo lo que comienza á ser debe necesariamente ser producido por un principio, y el principio mismo por nada es producido pues si lo fuera, dejaría de ser principio; pero si no tiene principio, tampoco puede ser destruído. Si algún principio fuera una vez destruído, no podría renacer de nada y nada pudiera nacer de él si, como ya hemos dicho, todo es necesariamente producido por un principio. Así, el ser que se mueve á sí mismo es también principio de movimiento, y no puede ni nacer ni perecer; pues, en otro caso, el cielo todo y los seres que recibieron el nacimiento se fijarían en una sombría inamovilidad y no tendrían otro principio para darles este movimiento, una vez destruído. Hemos, pues, demostrado que lo que á sí mismo se mueve es inmortal, y nadie temerá afirmar que el poder de moverse á sí mismo es la esencia del espíritu. En efecto, todo cuerpo movido por extraño impulso, es inanimado, y todo cuerpo que recibe el movimiento de un impulso interior es animado, pues

esta es la naturaleza del espíritu. Si, pues, es cierto que lo que se mueve por sí es el espíritu, síguese necesariamente que el espíritu no tiene principio ni fin. Esto explica bastante su inmortalidad.

Ocupémosnos ahora del alma en sí misma. Para decir lo que es, fuera preciso una ciencia divina y un sinnúmero de circunlocuciones; para presentar su naturaleza en una comparación, basta una ciencia humana y algunas palabras. Digamos, pues, que se parece á las fuerzas reunidas de una alada yunta y de un cochero; los corceles y cocheros de las almas divinas son todos ellos excelentes y de buena raza, pero en los demás seres su naturaleza participa del bien y del mal. Así es que en nosotros el cochero dirige dos corceles, uno excelente y de excelente raza, otro muy diferente del primero y también de diferente origen. Ahora bien, semejante tronco tiene forzosamente que ser penoso y difícil de guiar.

Pero ¿cómo entre los seres animados unos se llaman mortales y otros inmortales? Esto es lo que debemos explicarnos. El alma universal rige la materia inanimada y da la vuelta al universo, manifestándose bajo mil formas diferentes. Cuando es alada y perfecta, domina desde lo más encumbrado del cielo y gobierna el orden universal. Cuando ha perdido sus alas, rueda por los espacios infinitos hasta que se fija en alguna cosa sólida; en ella establece su morada, y cuando así ha revestido un cuerpo terrestre, que desde luego, movido por la fuerza que ella le comunica, parece moverse por sí mismo, esta reunión de un alma y de un cuerpo se denomina un ser vivo y se añade que es mortal. En cuanto al nombre de inmortal no puede definírsele razonando, sino que hemos de imaginárnoslo; y sin nunca haber visto la substancia á que este nombre conviene y sin comprenderle bastante, sospechamos que es un ser inmortal formado por la reunión de un alma y un cuerpo, unidos por toda la eternidad. Pero sea lo que quiera lo que agrade á Dios, y dígase lo que se quiera, nosotros explicamos el modo cómo las almas pierden sus alas, y ved aquí la causa probable de ello.

La virtud de las alas consiste en remontar lo que es pesado á las más altas regiones donde habitá la raza de los dioses, y participar de lo que es divino más que todas las cosas corporales. Ahora bien, lo divino es lo bello, bueno y verdadero, y todo lo que posee análogas cualidades, y es también lo que sostiene y fortifica las alas del espíritu; y todas las demás cualidades contrarias, como la maldad y la fealdad, las debilitan y hacen perecer. Ahora bien, Júpiter, el Señor omnipotente que está en el cielo, se adelanta ordenándolo todo y sobre todo vigilando. Síguele el ejército de dioses y demonios dividido en once tribus, porque Vesta es la única de las doce divinidades superiores que se queda en el cielo, y las otras once, en el orden que les está prevenido, acaudilla cada una á su respectiva tribu. ¡Cuántos sorprendentes espectáculos nos ofrece la inmensidad del cielo cuando los inmortales bienaventurados verifican en él sus revoluciones, cumpliendo la misión que á cada uno de ellos le está reseñada! En pos de ellos marcha todo el que quiere y puede seguirlos, porque la envidia no encuentra plaza en el coro

celestial. Cuando se congregan en el banquete que los espera, avanzan por escarpado camino hasta la más elevada cima de la bóveda celeste. Los carros de los dioses, siempre dispuestos en equilibrio por sus obedientes y enfrenados corceles, suben sin dificultad; los otros con más trabajo, porque el mal corcel gravita sobre el carro inclinado y le arrastra al suelo, si es que el cochero no le domó. Entonces el espíritu sufre una prueba y emprende una lucha suprema. Las almas de los llamados inmortales, cuando han subido á lo más encumbrado de los cielos, se elevan sobre la bóveda celeste y se detienen en su convexidad; entonces las arrastra un movimiento circular, y en esta evolución contemplan todo lo que fuera de esta bóveda abraza el universo.

Ningún poeta ha celebrado nunca la región que se extiende bajo el firmamento; ninguno la celebrará jamás dignamente. Ved aquí, sin embargo, lo que hay. Porque si siempre debe tenerse el valor de decir la verdad, es mayor la obligación cuando de la verdad se habla. Solamente la inteligencia, guía del espíritu, puede contemplar la esencia sin color, sin forma é impalpable; en torno de la esencia está la morada de la ciencia perfecta, que abraza toda la verdad. Ahora bien, el pensamiento de los dioses se nutre de inteligencia y de ciencia pura, como todo espíritu ávido del alimento que le conviene; admitido á gozar la contemplación del Ser absoluto de que estaba privado hacía tanto tiempo, se nutre en la verdad que se descubre á su vista y se sumerge en arrobamiento hasta que el movimiento circular le vuelve al punto de donde había salido. Durante esta revolución contempla la justicia y la sabiduría en sí; la ciencia, no la ciencia sujeta al cambio y que se muestra diferente, objetos que nosotros los mortales denominamos seres, sino la ciencia que tiene por objeto el ser de los seres. Y cuando ha contemplado así las esencias y en ellas se ha saciado, vuelve nuevamente á sumergirse en el interior del cielo y á entrar nuevamente en su morada. Apenas llega á ella, el cochero lleva al pesebre los caballos, y ante ellos vierte el néctar y la ambrosía. Tal es la vida de los dioses.

En los demás espíritus, el que sigue á los espíritus divinos con paso más igual y más se parece á ellos, eleva la cabeza de su cochero á las regiones superiores y se encuentra arrastrado por el movimiento circular; pero perturbado por sus caballos, apenas puede entrever las esencias. Hay otros que ya se elevan, ya descienden, y que, arrastrados por sus corceles, ven ciertas esencias y no pueden contemplarlas todas. En fin, los demás espíritus siguen de lejos y aspiran como los primeros á elevarse á las regiones superiores; pero sus esfuerzos son inútiles, están como sumergidos y ruedan á los espacios inferiores, y luchando en velocidad para adelantarse, se chocan y atropellan; todo es entonces confusión, combate y lucha desesperada, y por la ineptitud de sus conductores muchas de estas almas se lisian, otras ven una á una caer las plumas de sus alas, y todas, después de inútiles esfuerzos, no pudiendo elevarse hasta la contemplación del Ser absoluto, caen nuevamente, y en su caída no hallan más alimento que la hipótesis de la opinión. Lo que

da á los espíritus su ardiente afán por elevarse á un punto desde donde puedan descubrir todo el extenso campo de la verdad, es que en este campo es donde únicamente encuentran un alimento capaz de nutrir su parte más noble y de desarrollar las alas que alejan el espíritu de las bajas regiones. Es ley de Adrastea la de que todo espíritu que ha podido seguir al espíritu divino, y contemplar con él alguna de las esencias, esté exento de todo mal hasta hacer un nuevo viaje, y que si su esfuerzo no se debilita ignore siempre su sufrimiento. Pero cuando ya no puede seguir á los dioses; cuando por un funesto extravío, estando repleto del alimento impuro del vicio y del olvido, gravita y pierde sus alas, cae á la tierra y una ley dispone que en esta primer generación no anime el cuerpo de un animal. El espíritu que mejor ha percibido las esencias y la verdad, deberá formar un hombre que se consagre á la sabiduría, á la belleza, á las Musas y al amor; y el que sólo procede del segundo rango, un rey justo ó guerrero, y poderoso; el de la tercera clase, un político, un hacendista ó un hombre de negocios; el del cuarto grado, un atleta infatigable ó un médico; el del quinto, un adivino ó un iniciado; el del sexto, un poeta ó un artista; el del séptimo, un obrero ó un labrador; el del octavo, un sofista ó un demagogo; y el del noveno, un tirano. En todos estos estados, el que practicó la justicia es llamado después de su muerte á un elevado destino, y el que la violó cae en una condición inferior. El espíritu no puede volver á la morada de donde partió sino después de un destierro de diez mil años, porque no recobra sus alas antes á menos que no haya cultivado la filosofía con un corazón sincero ó amado á los jóvenes con un amor filosófico. Si tres veces seguidas escogió este género de vida, á la tercera revolución de mil años recobra sus alas y se vuelve á los dioses apenas transcurre el último de los tres mil años. Pero los demás espíritus sufren un juicio después de haber vivido su primer existencia, y ya juzgados, unos descienden á las entrañas de la tierra para en ellas sufrir su pena, y los otros que obtuvieron una sentencia favorable son arrebatados á cierto punto del cielo, donde reciben las recompensas que practicaron durante su vida terrestre. Mil años después, unos y otros son llamados á nueva distribución de sus condiciones, y puede escoger cada uno el género de vida que prefiere. Así, el espíritu de un hombre puede animar á una bestia salvaje, y el de ésta animar á un hombre, siempre que lo hubiere sido en una existencia anterior. El espíritu que nunca entrevió la verdad no puede revestir la forma humana. En efecto, el hombre debe comprender lo general; es decir, elevarse de la multiplicidad de las sensaciones á la unidad racional. Mas esta facultad no es sino el recuerdo de lo que vió nuestro espíritu cuando seguía al espíritu divino en sus evoluciones; cuando, dejando caer una desdeñosa mirada sobre lo que llamamos seres, se elevaba á la contemplación del verdadero Ser. Por eso es justo que sólo tenga alas el pensamiento del filósofo, porque siempre, en cuanto le es posible, se apega por el recuerdo á las esencias á que Dios mismo debe toda su divinidad. El hombre que sabe servirse de estas reminiscencias, está incesantemente iniciado en los misterios de la per-

fección infinita, y él sólo se perfecciona verdaderamente á sí mismo. Libre de los cuidados que agitan á los hombres, y no preocupándose tampoco por las cosas divinas, pretende la muchedumbre curarle de su locura y no ve que está inspirado.

A este punto me proponía llegar con mi discurso sobre la cuarta especie de delirio. Cuando un hombre ve las bellezas terrestres y se acuerda de la verdadera belleza, su alma recobra sus alas y desea volar; pero conociendo su impotencia, levanta como el ave sus miradas al cielo; y como descuida los quehaceres mundanos, se ve tratar de insensato. Este es, de todos los entusiasmos, el más magnífico en sus causas y efectos para el que le ha recibido en su corazón y para aquel á quien se comunica, y el hombre que abriga tal deseo y que se apasiona por la belleza recibe el nombre de amante. En efecto, como dejamos dicho, todo espíritu humano debió contemplar necesariamente las esencias; si no, no hubiera podido entrar en el cuerpo humano. Pero los recuerdos de esta contemplación no se despiertan con igual facilidad en todos los espíritus: uno no ha hecho más que entrever las esencias; otro tuvo la desgracia, después de caer á la tierra, de verse arrastrado á la injusticia por sociedades funestas y olvidar los sacrosantos misterios que antes había contemplado. Solamente un pequeño número de almas conserva un recuerdo casi distinto. Cuando estos espíritus ven alguna imagen de las cosas del cielo, se turban en extremo y no pueden contenerse, pero no saben qué es lo que experimentan, porque sus percepciones no son bastante claras. Porque, en efecto, la justicia, la sabiduría y todos los bienes del alma ya no brillan en sus imágenes terrestres con el antiguo esplendor; la debilidad de nuestros órganos apenas permite á un escaso número de nosotros reconocer ante esas imágenes el modelo que representan. Pudimos contemplar la hermosura radiante, cuando, mezclados al coro de los bienaventurados, marchamos en pos de Júpiter, y las demás almas en pos de los otros dioses; entonces gozábamos del más admirable espectáculo; iniciados en misterios que debemos llamar divinos, los celebrábamos libres de la imperfección y de los males que nos esperaban; se nos admitía á la contemplación de las esencias perfectas, simples, llenas de calma y beatitud, y las visiones irradiaban en el seno de la más pura luz; y entonces también vivíamos puros y libres de esta tumba que llamamos cuerpo, y que llevamos con nosotros como la tortuga lleva su prisión.

Perdóname estos circunloquios ante el recuerdo y al sentimiento de las pasadas grandezas. Entonces la belleza brillaba entre las demás esencias, y en nuestra morada terrestre, donde con su brillo lo obscurece todo, la hemos reconocido por el más luminoso de todos los sentidos. La vista es, en efecto, el más sutil entre los órganos corporales, pero no llega á percibir la sabiduría, porque experimentaríamos amores increíbles si su imagen y la de las demás esencias dignas de nuestro amor se ofreciesen á nuestra vista tan vivas y distintas. Pero es hoy la única belleza que tiene el privilegio de ser al mismo tiempo el objeto más amable y el que más nos impresiona. El

alma que no tiene un recuerdo reciente de los divinos misterios, ó que se ve abandonada á las corrupciones de la tierra, lucha con dificultades para elevarse desde las cosas del mundo hasta la perfecta belleza, por la contemplación de los objetos celestiales que llevan su nombre; empero, lejos de sentir respeto ante su vista, se deja dominar por el atractivo del placer, y como una bestia salvaje, violando el orden natural, se abandona á un brutal deseo, y en su grosero comercio, ni teme ni se avergüenza de perseguir un deleite contra naturaleza. El hombre que ha sido perfectamente iniciado, y que contempló alguna vez un gran número de esencias, cuando ve un rostro que presenta la belleza celestial, ó un cuerpo que por sus formas le recuerda la esencia de la belleza, siente desde luego cierto pavor y experimenta los antiguos terrores religiosos. Fijando luego sus miradas en el objeto amable, le respeta como á un Dios, y si no temiera ver tratar su entusiasmo de locura, inmolaría víctimas al objeto de su pasión, como á un ídolo, como á un Dios. Al verlo, semejante á un hombre calenturiento, el rostro se le demuda, el sudor inunda su frente, y un fuego desconocido circula por sus venas; apenas sus ojos reciben la emanación de la belleza, siente el dulce calor que nutre las alas del espíritu, y á su llama se funde la envoltura cuya dureza tanto tiempo impidió su desarrollo. La afluencia de este desarrollo hace que sus alas se indiquen y que quieran propagarse á toda el alma, porque antes toda el alma era alada Ahora, pues, está en la efervescencia de la agitación, y este espíritu, cuyas alas comienzan á aparecer, es como el niño cuyas encías están irritadas é hinchadas por la aparición de los primeros dientes. Cuando las alas se desarrollan, le hacen experimentar un calor, una hinchazón y una irritación análogas. En presencia de un objeto bello recibe las partículas de belleza que de él se desprenden y emanan, y que hacen dar al deseo el nombre de ἵμερος, sienten como un tibio calor, experimenta refrigerios y vive en la alegría. Pero cuando se ve separada del objeto amado, el fastidio la consume, los poros del alma por donde las alas brotan se desecan y se cierran, de modo que ya no tienen salida. Presa del deseo y encerradas en su prisión, se agitan como la sangre que salta en las venas; chocan con todas las salidas, y el alma, por todas partes aguijoneada, se hace furiosa y loca en fuerza de tanto sufrir, mientras el recuerdo de la belleza la inunda de alegría. Estos dos sentimientos la dividen y alteran; en la confusión que tan extrañas emociones la causan, es presa de la angustia, y en su frenesí, ni pueden reposar por la noche, ni gozar de tranquilidad por el día, sino que, impulsada por la pasión, se lanza siempre allí donde piensa encontrar su amada belleza. Apenas vuelve á su vista, apenas recibe nuevamente sus emanaciones, se reabren los poros poco antes cerrados, el alma por fin, respira, ya no siente el aguijón del dolor y gusta, durante breves instantes, el más encantador deleite. Así, el amante no quiere en manera alguna separarse del bien amado, y nada le es tan precioso como este objeto tan bello. Todo lo olvida: madre, hermanos y amigos; pierde su descuidada fortuna, y por ello no se conmueve; los deberes y las conveniencias, que antes se hon-

raba respetando, ya no le interesan; consiente en ser esclavo y en aletargarse, siempre que así se encuentre lo más cerca posible del objeto de sus deseos; porque, si adora al que posee la belleza, es porque sólo en él encuentra algún alivio á los tormentos que sufre.



EL PROBLEMA SOCIAL Y LOS SOCIALISTAS

Es el problema que debe resolverse en un período relativamente corto, ya que todos los factores se hallan en línea de batalla y sólo falta que llegue el momento crítico y una mano que los ponga en movimiento, para que el problema quede, si no del todo resuelto, á lo menos que dé un paso en buen ó mal sentido, que formará época en los anales de la Historia Humana.

Ahora bien, ¿creen los que dirigen el movimiento social, creen los mismos obreros que todos los factores que concurren á ese movimiento de avance hacia un estado mejor y más conforme con la verdadera justicia, se hallan lo suficientemente maduros para que al dar la batalla decisiva se muestren dignos defensores y mantenedores de tan santa como humanitaria causa?

Nosotros creemos que en el campo socialista militan hombres de corazón que sólo anhelan el bien del Cuerpo Social por entero, sin distinción de clases ni categorías; que comprenden que la Naturaleza no presenta á todas sus criaturas con las mismas aptitudes, con los mismos talentos, para llevar á cabo todos y cada uno de los múltiples deberes que constituyen el progreso colectivo, y por lo tanto, que la verdadera igualdad, la verdadera justicia, consiste en que cada uno de los individuos que componen el Cuerpo Social, sea destinado á ejercer aquellos trabajos que se adaptan mejor con su modo de ser, ó sea con sus aptitudes.

Pero también creemos que habrá entre los socialistas, mayormente entre la clase menos ilustrada, algunos que se habrán formado una idea equivocada del verdadero significado de la palabra, Igualdad, y, por lo tanto, convendría desvanecer prejuicios y falsas interpretaciones que podrían ser, y serían sin duda fatales en el momento crítico, á la noble causa de la redención humana.

Las desigualdades que la Naturaleza nos presenta no son de la incumbencia del hombre el rectificarlas, lo cual significa que aquel que no posee las cualidades que caracterizan á otro, es porque, como la fruta verde, no ha madurado bastante, y sería una locurá pretender ocupar el mismo lugar de aquellos que le han precedido en la evolución.

En la infinita escala de seres que pueblan el mundo, la Naturaleza, que todo lo ha previsto y tiene en cuenta, halla ocupación adecuada para todos los que han evolucionado, desde el infuserio hasta el más sabio europeo. A todos en su previsora Sabiduría nos señala un límite, y si el hombre — que es el único ser que posee la libertad de franquearlo — se atuviera más á su observancia, se ahorraría disgustos y lágrimas sin cuento.

La desigualdad es, pues, una ley tan cierta como necesaria para la evolución y mejoramiento, no sólo de la especie humana, sino de todos los demás seres, así los que podemos apreciar con nuestros débiles sentidos, como aquellos que escapan á nuestra percepción.

En una sociedad bien organizada, cada una de las entidades que la componen sólo debe aspirar á llevar á buen término aquel trabajo que le es encomendado, ateniéndose al justo límite de la capacidad individual, del mismo modo que las innumerables piezas de una complicada máquina contribuyen todas, y según sea la posición que cada una de ellas ocupa, al mejor funcionamiento de la misma.

Decimos esto, porque quisiéramos prevenir exageraciones que al fin sólo resultarían en perjuicio de las mismas doctrinas socialistas, si éstas fuesen algún día llamadas á regir los destinos de las naciones, ó sea á llevar á la práctica lo que hasta aquí no han sido más que teorías.

No existe teoría alguna por grande y elevada que sea, que no se pueda llevar á la práctica, con tal que los elementos con que se cuenta sean también grandes y elevados; cuando se quiere levantar un edificio sólido y de bellas proporciones, se escogen materiales de clase superior y se dejan de lado ó se tiran aquellos que son malos ó de ínfima clase, porque no harían más que afear ó quizá destruir el edificio. Pues lo propio ha de suceder con el Edificio Social; si queremos que prevalezcan ideas basadas en la más estricta justicia, es menester que el móvil de aquellos que intentan construirlo sea el del interés general.

Nosotros tememos que cuando le llegue al Socialismo la hora de librar la batalla, se note en la masa obrera esa carencia de principios sólidos y morales que deben caracterizar á los que aspiran á ser libres; y porque aspiramos á convertir á la Humanidad en una sola familia damos la voz de alerta, porque no quisiéramos que se malograran los esfuerzos que se han venido haciendo durante tantos años.

Cuanta más suma de virtudes atesore la masa obrera el día de su triunfo, tanto más duradera y provechosa será la victoria alcanzada. Por el contrario, si halagados por la magnitud de la obra realizada dejan que la ambición y la concupiscencia penetren en su vida pública ó privada, volverán á caer en la más dura servidumbre.

Los pueblos que aspiran al planteamiento de ideales que sean provechosos para todos, sin excluir á nada ni á nadie, deben confiar esa noble labor á hombres puros y desinteresados, á hombres que sean incapaces de faltar á la fe prometida, al mismo tiempo que esos pueblos han de abundar en vir-

tudes. Un pueblo de viciosos y corrompidos no puede ser gobernado por hombres virtuosos, porque no está en las leyes que una bandada de gavilanes pueda ser dirigida por la cándida é inocente paloma. Si subsisten tiranos que son el azote de los pueblos, si aún permanecen en pie asociaciones de hombres que sólo aspiran al dominio de los demás, es porque la mayoría de esos últimos posee tan escasas virtudes como aquellos mismos que los oprimen. Sin causas no hay efectos; si un cuerpo putrefacto despide de sí miasmas que corrompen la atmósfera, es porque ese cuerpo se halla en estado de descomposición; si en la sociedad presente son posibles los tiranos, si son posibles esas asociaciones enemigas de todo verdadero progreso, es porque el cuerpo social está viciado, corrompido y exhala miasmas deletéreos que emponzoñan la atmósfera que respira; y en esa atmósfera se han nutrido, se nutren y se nutrirán todos esos seres que han venido al mundo para ser el azote de la Humanidad, ínterin les llega á ellos mismos el tiempo en que tendrán que dar rigurosa cuenta de sus desafueros. Una vez purificada la atmósfera social de todos los vicios que la degradan, no son posibles los tiranos; las causas han desaparecido, los efectos no se producirán ya.

Con toda seguridad ganarían mucho más los pueblos si marchasen resueltamente hacia la conquista de la moral, que con toda la organización que se les puede dar, sea esta del color que fuere. La verdadera batalla que debe librar el hombre, y la única que hará se mejore su situación, es aquella que le hará avanzar un paso hacia la extinción de sus pasiones y apetitos. Los adelantos de la Ciencia de poco ó de nada sirven si no se ven acompañados del consiguiente adelanto moral. Existe una ley en la Naturaleza que jamás le permitirá al hombre gozar de los beneficios que su inteligencia pueda proporcionarle, si no van acompañados esos adelantos con la moral, y aun ésta debe preceder á aquella, si se quiere que las conquistas sean duraderas.

Creemos que todos aquellos que sienten verdadero amor por la humanidad debieran esforzarse en hacer comprender al pueblo que el mejor medio para librarse de las cadenas de la miseria es el moralizarse, es estirpar de sí la concupiscencia, y que no hay otro medio, pues en un campo debidamente cultivado no puede crecer la cizaña.

Algunos *desgraciados*, con perversas intenciones, han dicho que para conseguir el fin todos los medios son buenos, ó que el fin justifica los medios. Esto es sencillamente una blasfemia. Nosotros, sirviéndonos de sus propias palabras, decimos — pero en un sentido completamente opuesto — que para alcanzar el fin todos los medios son *á cual mejores*, con tal que nos conduzcan á la adquisición de la verdadera Bondad y de la verdadera Sabiduría, que es el fin á que debe aspirar todo aquel que no se opone á los Designios de la Naturaleza.

El bien verdadero sólo se consigue á costa de verdaderos sacrificios; esto está en las leyes, y, por lo tanto, para resolver el problema social, que equivale á establecer el lazo de la fraternidad humana, es menester renunciar al espíritu de secta ó de partido, á las ventajas que pueda proporcionar la vic-

toria, porque aquel que abusa de una posición ventajosa, se convierte en enemigo de sus hermanos. Están en un error aquellos que creen que debe destruirse al malvado, al perverso, por considerarlos como á plantas nocivas al organismo social; la verdadera labor del socialismo no puede ser jamás la destrucción de ninguno de sus semejantes por criminal que éste sea, sino la regeneración del mismo por medio del ejemplo de virtudes practicadas á los ojos del extraviado, y de medidas represiva que sólo tiendan á su mejoramiento, excluyendo de ellas toda idea de venganza. Las leyes calcadas en un socialismo verdad, jamás serán leyes encaminadas á satisfacer odios y venganzas, y el socialista verdadero debería mirar—y mirará sin duda el que lo sea—á todos los perversos y criminales, y aun á aquellos á quien él llama sus opresores, porque en realidad le tratan injustamente y quë tan superiores se creen serle, como á seres que en realidad de verdad le son inferiores, y en vez de odiarlos y sentir deseos de venganza, hará lo que hace el jardinero solícito con el árbol joven que aún no está en condiciones para dar fruto sazonado, pero que puede darlo, y lo dará sin duda, puesto que para ello vino á la vida.

El día que se logre establecer el verdadero socialismo, el número de los delincuentes y criminales disminuirá en sus tres cuartas partes; la mayor parte de los excesos y crímenes son ocasionados por la miseria, la ignorancia y la desesperación. ¡Cuántos de aquellos que se tienen por muy honrados y que lo son según los convencionalismos sociales, se hallarían arrastrando un grillete si se hubiesen hallado en las desfavorables circunstancias de tanto infeliz como pulula, particularmente en los centros de las grandes capitales! Amargas consideraciones se nos vienen á la mente al pensar en la idea más arriba apuntada, pero creemos que no es de este lugar el desarrollarlas.

Dejándolas, pues, aparte, volveremos á insistir sobre el mismo tema, y dirigiendo nuestra voz amiga á los socialistas, les diremos: la hora de dar la batalla se acerca; las probabilidades del triunfo no consisten precisamente en el número de sus combatientes, sino además, y muy principalmente, en su calidad. Aquel que combate por una causa justa, es de todo punto indispensable que sea justo; de lo contrario, después de obtenida la victoria se convierte en su peor enemigo, porque la prostituye, dedicándola á la satisfacción de sus apetitos é intereses particulares. Es inmensa la responsabilidad de aquellos que, después de haber dado un paso hacia el progreso, no solamente no procuran conservar la posición que han alcanzado, sino que retroceden á impulsos de intereses bastardos; esos tales malbaratan sus fuerzas, al mismo tiempo que esterilizan las de sus compañeros, como hace el hombre de vida disipada que, no contento con desperdiciar lo suyo, pide prestado al incauto amigo, con la deliberada intención de usurparle y malbaratar lo suyo. Aquel que en su fuero interno no se crea con bastante suma de virtudes para ser digno campeón de una causa tan justa como lo es la redención de la Humanidad, ó sea: que no sepa perdonar al enemigo el día de la victoria; que no sepa trabajar para todos sin pensar en sí mismo; que

no sienta un verdadero amor al bien, por el bien mismo, ese vale más que se retire con tiempo de las filas de los buenos, no sea que su flaqueza sirva de rémora á los demás; y de esta suerte, si no ha contribuído al triunfo de la santa causa, le quedará el consuelo de no haber servido de estorbo.

Es mucho más difícil conservar—moralmente hablando—una posición alcanzada, que obtenerla. Sólo las conquistadas, que están cimentadas en el bien supremo, pueden ser duraderas; el mal no es más que la sombra del bien, y como á tal se desvanecerá el día en que el hombre se decida á marchar por la senda del bien. No hay más que un solo dilema: ó se decide la Humanidad á marchar por la senda del bien común, ó desde luego puede renunciar á extirpar esa gangrena que corroe su corazón. Interin no se dedique el hombre más que al beneficio personal, siempre existirá una gran mayoría de desgraciados sumidos en las tinieblas de la ignorancia y de la miseria, que hoy afligirá á los unos, mañana á los otros, pero que nos alcanzará á todos.

Los sufrimientos que nos afligen no podemos en justicia atribuírlos á la Naturaleza, no; ellos son debidos á las transgresiones y abusos que el hombre se permite, y de esta suerte nosotros mismos nos labramos nuestro propio infierno.

El remedio está en nuestras manos, y mal que nos pese, tarde ó temprano tendremos que aceptarlo, porque antes nos cansaremos nosotros de faltar, que las Leyes Inmutables que rigen todo lo existente se cansarán de restablecer el equilibrio.

ANDRÉS IGUAL.



EL IDILIO DEL LOTO BLANCO

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO II

A contar de aquella hora comienza un transcurso de tiempo del cual no puedo dar una cuenta tan minuciosa como de los otros días de mi vida. La similaridad de las emociones por las cuales pasé, lo confunden y lo cubren con densos velos. A la verdad, se confunden unas con otras y se convierten en una misma. Cada día apuraba la copa del placer hasta las heces; la belleza de mi hermosa compañera parecíame aumentar á cada hora; así es que, fascinado, permanecía con los ojos fijos en su faz. Conducíame ella al través de los salones de nuestro palacio y no podía detenerme á contemplar su esplendor porque siempre quedaban aposentos cada vez más espléndidos. Con ella anduve errante al través de los jardines en los que brotaban flores fra-

gantes con profusión tal como jamás había visto en ninguna otra parte. Más allá de los jardines extendíanse los prados, y muchas eran las flores silvestres que asomaban por entre el mullido césped, y los lirios que florecían en la corriente que al través de los campos discurría. Al anochecer acudían allí las doncellas de la ciudad, algunas en busca de agua, otras para bañarse en el riachuelo y charlar, reir y cantar, sentándose después á su orilla hasta media noche. Sus formas brillantes y sus dulces voces hacían muchísimo más bellas las noches y me gustaba permanecer entre ellas á la pálida luz de las estrellas, con frecuencia hasta la aurora, siendo el compañero de juego de todas ellas; pero murmuraba palabras de amor al oído de las más bellas. Y cuando, cantando con suave voz se separaban de mí, ella, la que era mía y la más hermosa de todas, volvía conmigo al palacio en que vivíamos y que se hallaba en el centro de la ciudad, y, sin embargo, aparte en la misma. Eramos felices como nadie lo era en aquella ciudad.

No puedo decir cuánto tiempo pasé de esta suerte. Recuerdo tan sólo que un día que me hallaba en mi propio aposento en compañía de ella, que con su hermosa cabeza apoyada en mi hombro cantaba en voz baja y dulce, murió de repente el canto en sus labios y quedó pálida y rígida. Oí en medio del silencio ruido de lentos y suaves pasos en la escalera. Abrióse la puerta y apareció Agmahd, el sumo sacerdote, en pie, inmóvil.

Me miró un momento con sus terribles ojos, tan fríos como si fueran de diamante; en su faz había una sonrisa, pero aquella sonrisa me llenó de temor y temblé.

—Venid—dijo.

Me levanté sin vacilar. Sabía que debía obedecer, no miré atrás hasta que oí un vivo movimiento y un sollozo; volvíme entonces. Pero ella, la más hermosa de entre las hermosas, había desaparecido. ¿Había huído, acaso, ante aquella aparición inesperada á nuestro aposento? No podía detenerme á averiguarlo, no podía volar á su lado para consolarla. Sabía que debía seguir á Agmahd; sentía, como no había sentido jamás antes, que era mi dueño. Al llegar al vestíbulo vi tendida al través del umbral una culebra que irguió su cabeza al aproximarme. Di un salto atrás con un grito de horror.

Agmahd sonrió.

—No temas—dijo.—Es la favorita de tu Reina y no hará daño á su servidor favorito. ¡Ven!

Ante su mandato me sentí obligado á seguirle; no me atrevía á desobedecer. Apartando los ojos pasé junto á la culebra y al llegar á la escalera oí su silbido de cólera.

Atravesó Agmahd los jardines dirigiéndose á las praderas que se extendían más allá de los mismos. Era de noche; ya brillaban las estrellas en el firmamento y fulguraban los ojos de las doncellas sentadas en grupos junto al río. Pero no cantaban, según su costumbre. Un bote había en medio del río, y en él dos remeros. Reconocí en ellos los dos jóvenes sacerdotes que

conmigo habían ido á la ciudad. Permanecían con los ojos bajos y no los levantaron siquiera cuando me acerqué. Comprendí al pasar junto á las doncellas que en los dos sacerdotes habían reconocido ellas antiguos amigos y compañeros alegres, y que se sentían sorprendidas y llenas de admiración al verles en aquel traje y con aspecto tan distinto.

Penetró Agmahd en el bote; yo le seguí, y gobernamos silenciosamente hacia el templo.

No había visto jamás la entrada del templo por el lado del agua. Había oído decir cuando me hallaba en la ciudad con mi madre que aquella entrada se acostumbraba á usar con frecuencia, pero que en la actualidad estaba reservada únicamente para las fiestas, así es que me sorprendió mucho el entrar por allí. Sorprendióme todavía más el encontrarme todo el vestíbulo sagrado lleno de embarcaciones adornadas de flores y ocupadas por sacerdotes vestidos de blanco, que permanecían sentados con los ojos bajos. Pero pronto vi que se trataba de una fiesta.

¡Aquel templo! Me parecía que habían pasado cien años desde que había vivido en su recinto. Agmahd mismo me resultaba extraño y poco familiar para mí. ¿Acaso era yo mucho más viejo? No podía decirlo, pues no encontré espejo alguno en que poder contemplar mi rostro, y á ningún amigo hallé para preguntárselo. Lo que únicamente sabía era que, en comparación del muchacho que salió corriendo del jardín del templo, ávido de aventuras, era un hombre. Y conocía que la virilidad había venido á mí, no con gloria, sino con vergüenza. Yo era un esclavo. Tristeza profunda oprimió mi alma cuando entramos en el templo. Arrimóse la lancha á unos anchos peldaños de mármol que se hallaban ya dentro de los muros del templo y bajo su techo. Jamás me había imaginado que el gran río estuviese tan próximo. En cuanto hubimos llegado al final de la escalera, abrió Agmahd una puerta y ¡he aquí!, nos encontramos inmediatamente á la entrada del Santuario de los Santuarios. Tan sólo unas pocas y débiles antorchas, sostenidas por sacerdotes silenciosos iluminaban el gran corredor. A fuera, en el río, empezaba á obscurecer; pero aquí era totalmente de noche. A una señal de Agmahd apagáronse las antorchas. Pero no toda la luz se había extinguido, pues en torno de la puerta del Santuario fulguraba aquella luz extraña que en un tiempo tanto me había aterrorizado. Entonces no me causaba temor. Sabía qué tenía que hacer, y sin dudas ni temores lo hice. Avancé, abrí la puerta y entré. Dentro se hallaba la negra figura cuyos ropajes brillaban y cuyos ojos eran fríos y terribles. Ella sonrió, y extendiendo su mano cogió la mía. Estremecíme á su contacto, tan fría era.

—Dile á Agmahd que ya voy—dijo ella.—Que permaneceré junto á ti en la lancha. Que él tiene que colocarse en el centro junto con nosotros, rodeándonos mis demás servidores. Y que entonces, si todo se verifica con orden, obraré una maravilla ante todos los sacerdotes y el pueblo. Y esto lo haré porque estoy contenta de mis servidores y porque deseo obtengan poder y riquezas.

Repetí sus palabras, y en cuanto hube concluído de hablar, la voz de Agmahd brotó de entre las tinieblas.

—¡Bien venida sea la Reina! ¡La Reina será obedecida!

Un momento después encendiéronse de nuevo las antorchas. Vi que eran en número de diez, llevadas por diez sacerdotes revestidos todos ellos con túnicas blancas, profusamente bordadas de oro, como la de Agmahd. Entre ellos se hallaba Kamen Baka. La expresión de su faz resultóme extraña; era la cara de un estático.

Abrió Agmahd la puerta que comunicaba con la escalera que descendía al río. Amarrada allí se encontraba una embarcación distinta. Era grande, con una cubierta espaciosa, rodeada de vasos en los que ardía algo de fragancia muy pronunciada. Dentro del espacio comprendido por los vasos figuraba un círculo dibujado en carmesí, combinado con una figura que no pude comprender. A ambos lados del barco, y más bajos que su puente elevado, estaban sentados los remeros, que eran sacerdotes vestidos de blanco. Todos permanecían tranquilos y mudos, esperando con los ojos bajos. La embarcación desaparecía bajo gruesas guirnaldas de flores unidas unas á otras, de modo que parecían gruesos cables, y en cada uno de los extremos ardía una lámpara.

Entramos en la embarcación. Agmahd penetró el primero y se detuvo en medio del círculo. Yo ocupé mi lugar junto á él. Entre nosotros, y claramente visible para mis ojos, estaba la figura. Difundía una luz parecida á la que iluminaba el Santuario, pero menos brillante. Yo veía, sin embargo, que nadie más que yo percibía su presencia.

Entonces los doce sacerdotes entraron también en el bote; colocáronse dentro del círculo carmesí rodeándonos por completo. Entonces la embarcación apartóse lentamente de la escalera; vi que nos precedían y seguían cierto número de botes todos con lámparas y cubiertos de flores, todos llenos de sacerdotes vestidos de blanco. Silenciosamente se deslizaba la procesión por la superficie del río sagrado avanzando en dirección de la ciudad.

Cuando por fin estuvimos fuera del recinto del templo, oí un murmullo profundo que llevaba el aire. Era tal su intensidad, que me hizo temblar de admiración; pero á nadie más perturbó, y pronto comprendí su significado. A medida que mis ojos iban acostumbrándose al resplandor de las estrellas, vi que en los campos situados á ambos lados del río hormigueaba, ondulaba y se arremolinaba una masa de formas. Una enorme multitud de gente se apiñaba al borde del agua y llenaba los campos hasta donde podían distinguir mis ojos. Esto era una gran fiesta y yo no me había dado cuenta de ello. Sorprendíme, pero pronto recordé que, á la verdad, había yo oído hablar de ella; pero tan saturado me hallaba por los placeres que me rodeaban, que no había hecho caso de ello. Quizá si entonces me hubiera encontrado todavía en la ciudad, me hubiera confundido con la multitud, pero entonces me hallaba separado de ella, y también, según me parecía, de todo cuanto era humano. Yo permanecía silencioso é inmóvil como Agmahd

mismo. Sin embargo, mi alma se hallaba desgarrada por una desesperación que no podía comprender, y abrumada por un horror de lo desconocido que estaba todavía por venir.

CAPÍTULO III

Deslizábanse las embarcaciones sobre la superficie del río, cuando de repente sonó un cántico rompiendo el profundo silencio que reinaba. Eran los sacerdotes remeros que cantaban. De cada bote brotaba el himno sonoro, y pude ver, por el gran movimiento que se originó, perceptible á pesar de la obscuridad, que la multitud había caído de rodillas, pero permanecía silenciosa; adoraban y escuchaban mientras las voces de los sacerdotes vibraban en el aire.

Al cesar el canto reinó un silencio que no fué interrumpido durante algunos minutos. La muchedumbre permanecía inmóvil, de rodillas y silenciosa. Pero de repente postráronse arrojándose al suelo y pude percibir el suspiro, el soplo de temor que de la multitud emanó, pues los sacerdotes habían reanudado su canto, canto melodioso de triunfo, y las palabras que pronunciaban con voz tan sonora como enérgica, eran las siguientes:

—¡La diosa se halla con nosotros! ¡Está entre nosotros! ¡Póstrate ¡oh! pueblo y adora!

En aquel momento la figura, que permanecía entre mi persona y el sacerdote Agmahd, volvióse, fijó los ojos en mí y sonrió.

—Ahora, ¡oh tú, mi servidor escogido! — dijo ella,—he de pedir tus servicios. Te he pagado de antemano á fin de que no tuvieras motivo para dudar. Pero no temas. Se te pagará de nuevo y el doble. Dáme tus manos. Coloca tus labios sobre mi frente y no temas, no te muevas ni grites, cualquiera que sea la debilidad ó el temor que experimentes. Tu vida se convertirá en mía, de ti la absorberé yo, pero te será devuelta. ¿No es, acaso, preciosa? No temas.

Sin vacilar la obedecí, y sin embargo, con temor inimaginable. Pero no podía resistir su voluntad. Sentía que era su esclavo. Sus manos heladas se apoderaron de las mías é instantáneamente perdieron su suavidad; se habían convertido en aros de acero inflexibles que me dejaron inmóvil. Impulsado por un sentimiento de impotencia me atreví á arrostrar el fulgor de aquellos ojos terribles y me aproximé á ella. Anhelé la muerte para que me librase, pues era la única esperanza que me quedaba. Puse mis labios sobre su frente. Los vapores que emanaban de las lámparas y de los vasos habían producido en mi cerebro una somnolencia extraña y me sentía pesado y torpe. Pero en cuanto mis labios se pusieron en contacto con su frente, que los abrasaba, no supe si lo que experimenté era frío ó calor; inundóme un sentimiento frenético de alegría, un delirio, un gozo casi insano. No me conocía ya á mí mismo; un océano desbordado de emociones que no eran las más propias me arrastraba y dominaba. A través de mí se lanzaban, y su ímpetu

parecíame que borraba mi individualidad por completo y para siempre, según me figuraba. Sin embargo, yo no estaba inconsciente; mi conciencia aumentó momentáneamente en intensidad y vividez. Entonces, en un extraño segundo, olvidé la individualidad perdida; reconocí que estaba viviendo en el cerebro, en el corazón, en la esencia de aquel ser que tan por completo me había dominado. La muchedumbre prorrumpió en un grito salvaje, que instantáneamente se extinguió. Veían á su diosa. Y yo, mirando hacia abajo, vi á mis pies la forma, al parecer muerta, de un joven sacerdote cubierto de blancas vestiduras recamadas de oro. En medio del sentimiento de gozo intenso de mi poder detúveme un instante para pensar. ¿Estaba muerto?

CAPÍTULO IV

Podía ver claramente á la gran multitud que á cada lado se hallaba. Sobre ellos caía una luz de la cual no se daban cuenta. No era el resplandor de las estrellas que ellos veían; era un resplandor que venía, no de los cielos, sino que brotaba de mis ojos. Yo veía sus corazones, no veía sus cuerpos, les veía á ellos mismos. Reconocí á mis servidores y mi alma saltó de gozo al ver que casi todos los seres que constituían aquella multitud se hallaban dispuestos á servirme. Mío era aquel ejército; ellos obedecerían, no por deber, sino por el deseo.

Vi en cada corazón lo que constituía su hambre y yo sabía que podía saciarla. Durante largo rato permanecí visible; después abandoné á mis escogidos servidores. Les hice acercar á la orilla, pues entonces no era ya mi objeto el hacerme visible ante los turbios ojos de los hombres; yo podía hablar y tocar á aquellos á quienes me parecía. La vida robusta del joven sacerdote era lo suficiente para alimentar la lámpara del poder físico durante algún tiempo, si no abusaba de ella.

Tomé tierra en la orilla y movíme entre las gentes, murmurando al oído de cada uno de ellos el secreto de su corazón; aún más: les dije la manera de obtener aquello en que sólo pensaban en silencio. Ni hombres ni mujeres estaban exentos de algún anhelo que la vergüenza les hubiera impedido comunicar hasta al mismo confesor. Pero yo lo veía é hice que dejase de ser una vergüenza y les demostré cuán pequeño era el esfuerzo de voluntad, cuán ligero era el conocimiento necesario para dar el primer paso en la propia satisfacción. Atravesé toda la muchedumbre aquí y acullá y tras de mí dejaba una multitud enloquecida y llena de pasiones. Al fin la intoxicación que mi presencia producía no pudo por más tiempo contenerse. A una voz estalló el pueblo con un canto salvaje que estremeció mi sangre y la hizo arder en mi interior. ¿No he oído yo este canto resonar bajo otros cielos, cantado con las voces y lenguajes de todos los pueblos? ¿No lo he oído yo, acaso, á pueblos hace largo tiempo extinguidos y olvidados? ¿No lo oiré yo á pueblos cuyas moradas no han sido creadas todavía? ¡Es mi canto! ¡Me da la vida! Modulado silenciosamente en el propio corazón, es el grito inarticulado de la pa-

sión, la oculta locura del yo. Cuando brota de la garganta de la multitud, la vergüenza desaparece y el disimulo concluye. Conviértese entonces en el frenesí de la orgía, en el alarido de los consagrados al placer.

Mi obra estaba concluída. Había encendido una gran hoguera que ardía á manera del fuego en la selva. Volví á la embarcación sagrada que me aguardaba. Inmóviles permanecían allí esperando mi vuelta aquellos servidores míos escogidos, los sumos sacerdotes del templo. ¡Ah!, sí, mis poderosos en pasión! ¡Reyes en concupiscencia! ¡Monarcas en deseos!

Y el joven sacerdote, ¿se hallaba todavía allí? ¿Parecía un muerto todavía? Sí; permanecía sin movimiento, pálido, en medio del círculo formado por los sumos sacerdotes, tendido á los pies de Agmahd que estaba solo á su lado.

Al ocurrírseme este pensamiento, parecióme súbitamente libertarme de algún modo misterioso del mar de pasiones en el cual había estado sumergido. Nuevamente me reconocí, comprendí que yo no era la diosa, sino que únicamente había sido absorbido por ella, chupado, por decirlo así, por su personalidad avasalladora. Entonces me encontraba otra vez separado de ella. Pero á pesar de esto yo no volvía á aquella forma pálida que tan sin vida yacía sobre el puente de la embarcación sagrada.

Yo me hallaba en el templo, las tinieblas me envolvían, y, sin embargo, conocía que me encontraba en el Santuario de los Santuarios.

De las tinieblas brotó una luz. Miré y ¡oh! la caverna interna estaba llena de resplandor, y en el interior de la misma permanecía la Señora del Loto.

Yo estaba á la puerta de la cueva interna junto á ella bajo la influencia de su mirada. Traté de huir, traté de volverme, no pude. Temblé como no había temblado jamás, ni aun bajo el terror ó el miedo.

Porque ella permanecía en silencio, con sus ojos fijos en mí, y yo veía una gran indignación relampaguear en ellos. Y ella, que había sido para mí una amiga tierna, bondadosa, amable como una madre cariñosa, se hallaba ahora ante mí en toda su majestad y conocí que había despertado la cólera de un dios, el más de temer de todos los conocidos por los hombres.

¿Era para esto ¡oh, Sensa, el amado de los dioses!, para lo que has nacido? ¿Era para esto para lo que tus ojos se abrieron y se iluminaron tus sentidos de percepción? Tú sabes muy bien que no; pues esos ojos videntes y esos sentidos sutiles han servido por fin á su dueño y te han hecho ver á quién y á qué has estado sirviendo. ¿Quieres seguirla sirviendo? ¡Ahora que eres un hombre, escoge!

¿Has caído, acaso, tan bajo que querrás para siempre permanecer esclavo? ¡Véte, pues! Yo he venido á purificar mi Santuario. No lo sufriré por más tiempo. Quedará silencioso, y las gentes no sabrán que existen dioses; no sabrán sino lo que les mientan labios falsos y serán tentados por las tinieblas. ¡Márchate! ¡Nadie volverá á entrar aquí! ¡Yo cierro la puerta! El Santuario está mudo, no resuena con voz alguna. Aquí me siento sola y silenciosa; sí, á través de las edades, aquí residiré sin voz y el mundo dirá que he muerto. ¡Sea, pues, así! En edades futuras se levantarán de nuevo mis hijos y con-

cluirán las tinieblas. ¡Vete! ¡Tú has elegido! ¡Cae! ¡Has perdido tu estado! ¡Déjame con mi silencio!

Levantó su mano con gesto que me mandaba la dejase. Era tan regio, tan imperativo, que no pude desobedecer. Volvíme, y con la cabeza inclinada y triste, me dirigí hacia la puerta exterior del Santuario. Sin embargo, no pude abrirla; no pude pasar por ella; no pude dar ni un paso más. Oprimióseme el corazón y me retuvo. Caí de rodillas y grité con voz agonizante: ¡Madre! ¡Reina y Madre!

Transcurrió un momento terrible; yo esperaba y no sabía qué. Mi alma se hallaba desesperada y hambrienta. En medio de las tinieblas y del silencio descendió sobre mí un recuerdo terrible. Vi en el pasado, no sólo el placer, sino además acciones. Vi que las había verificado ciegamente, aceptando el letargo de mi alma como aceptan los hombres el aturdimiento producido por el vino. Y sumido en estupor había llevado á efecto el trabajo que me había sido encomendado, sin pensar en él, sino en las recompensas: en cada uno de los placeres que había de gozar. Yo había sido el portavoz, el oráculo de aquella alma negra á quien había visto entonces y á quien ahora conocía. El pasado se me hizo tan terrible, tan manifiesto, tan fiero en sus acusaciones, que nuevamente grité en medio de las tinieblas: ¡Madre, sálvame!

Sentí un contacto en mi mano y en mi rostro, una voz en mi oído y en mi corazón.—Estás salvado. Sé fuerte.—Y la luz descendió á mis ojos, pero no pude ver, porque un torrente de lágrimas borró de ellos la espantosa visión que habían contemplado.

(Continuará).



Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal. 27.—Madrid.